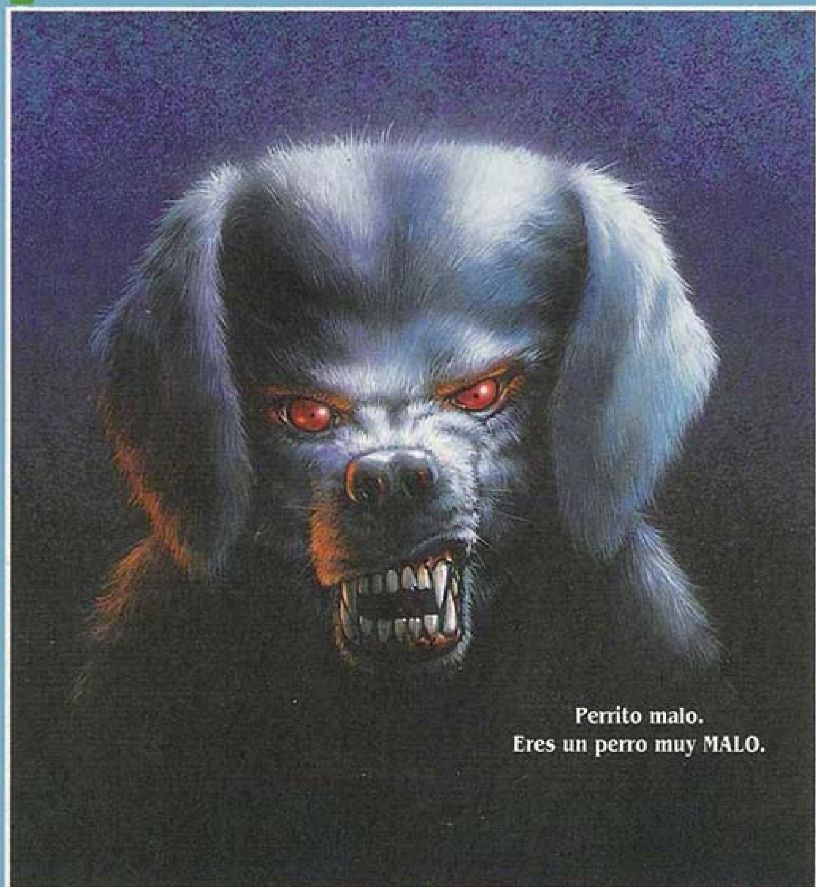
R·L·STINE

Pesadillas

El fantasma aullador



Todo el mundo opina que Cooper Holmes tiembla incluso ante su propia sombra. Por eso nadie hace caso al asustadizo Cooper cuando la familia Holmes se muda a una casa perdida en el bosque y empiezan a suceder cosas realmente espeluznantes.

Sólo él oye todas las noches esos ladridos que helarían la sangre en las venas del más valiente.

Sólo él ha topado con esos dos perrazos de aspecto maligno que desaparecieron en la oscuridad sin dejar rastro.



R. L. Stine

El fantasma aullador

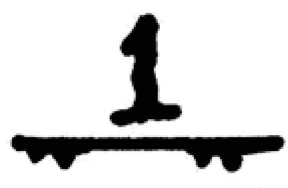
Pesadillas - 23

ePUB r1.1
nalasss 19.07.2013

Título original: *Goosebumps #32: The barking ghost*
R. L. Stine, 1995.
Traducción: Helena Martín
Diseño portada: Estudio EDICIONES B

Editor digital: nalasss
ePub base r1.0





Por enésima vez esa noche, me destapé y me senté en la cama. Estaba seguro de haber oído algo. Algo que no era el viento.

Siempre estoy oyendo ruiditos, pero invariablemente mi madre me dice:

—Es el viento, Cooper. Sólo es el viento.

Sin embargo, el viento no suena como si fueran pasos sobre la hojarasca. Estaba seguro de que eso era lo que había oído.

Me acerqué a la ventana de mi cuarto y miré afuera. Era noche cerrada y todo tenía un aspecto siniestro. Hice un esfuerzo por ver en la oscuridad.

«No te acerques demasiado —pensé—. No dejes que te vea, quienquiera que sea. Si es que es una persona…»

Primero escudriñé el jardín. Después alcé la vista… ¡y allí estaban! A pocos metros de distancia había unos brazos enormes, negros y repugnantes, que se aproximaban lentamente hacia la ventana.

Iban a por mí.

Pero no. Sólo eran las ramas del viejo roble del jardín. Bueno, ¿qué pasa? ¡Ya he dicho que estaba muy oscuro!

De pronto, volví a oír aquellos pasos.

«¡Aquí está!», pensé.

Me agaché a toda prisa. Las piernas me temblaban de miedo y un sudor frío me recorrió la frente.

Cronch, cronch, cronch.

El crujido se hacía cada vez más fuerte.

Tragué saliva y me asomé de nuevo a echar un vistazo. Algo se movió entre las sombras, cerca del roble. Contuve la respiración.

Cronch, cronch, cronch.

Una ráfaga de viento sacudió con fuerza las ramas de los árboles.

Cronch, cronch, cronch.

Al volver a mirar, distinguí el resplandor de dos ojos en la oscuridad. La garganta se me secó: era incapaz de gritar.

Los ojos volvieron a brillar aún más cerca de la casa, justo debajo de mi ventana. Me observaron fijamente, y a continuación empezaron a moverse hacia mí.

La oscura silueta de la criatura empezó a definirse. Era un…

¿Conejo?

Solté un gran suspiro.

Era la primera noche que pasaba en mi nueva casa y ya estaba aterrado.

Me dirigí al cuarto de baño a buscar una toalla. Mientras me secaba el sudor de la frente, contemplé mi imagen reflejada en el espejo del armarito de medicamentos. Cuando me asusto, me pongo pálido y las pecas se me ven mucho más. Efectivamente, allí estaban: millones de pecas.

Me pasé la mano por el pelo. Lo llevo largo para que no se me vean las orejas: unas orejas enormes y ridículas. Mamá me dice que no me preocupe, que cuando crezca parecerán más pequeñas. Pero ahora ya tengo doce años y nada ha cambiado: mis orejas siguen siendo desproporcionadas.

Casi siempre llevo una gorra para disimularlas un poco. Es mi gorra preferida, la de mi equipo de béisbol: los Red Sox. Me encanta llevarla.

«Un conejo —murmuré—. Mira que asustarse de un conejo.»

Lo peor es que había conseguido pasar todo el día sin tener miedo ni una vez, que para mí ya es bastante. En Boston, donde vivía antes, mis mejores amigos, Gary y Todd, siempre se burlaban de mí.

—Cooper —me decían—. ¡Seguro que tienes miedo hasta de tu propia sombra!

Tenían razón. Algunas personas se asustan más fácilmente que

otras, y no hay duda de que yo soy una de ellas. Por ejemplo, en el campamento de verano del año pasado me perdí en el bosque, de camino a la cabaña donde estaban los lavabos. ¿Y qué hice? Nada, simplemente me quedé allí parado. Cuando los niños de mi tienda me encontraron, temblaba como una hoja y estaba al borde de las lágrimas. Y al final resultó que estaba justo al lado de los comedores.

Vale, lo admito. En el tema del valor no soy Indiana Jones.

Cuando mis padres anunciaron que íbamos a mudarnos de la ciudad a una casa en el bosque, me puse un poco nervioso. Bueno, lo cierto es que me asusté. Me daba miedo dejar el piso donde había vivido toda mi vida e irme a vivir a una casa en el campo.

Entonces me enteré de que nuestra nueva casa estaba en pleno bosque, en algún lugar de Maine, a varios kilómetros del pueblo más cercano. Da la casualidad de que los únicos libros de terror que he leído se desarrollan en los bosques de Maine. Pero no había más remedio: el nuevo trabajo de mamá nos obligaba a vivir allí, y yo no podía hacer nada al respecto.

Salí del cuarto de baño y volví a la cama. El suelo de madera crujía a cada paso. Iba a ser difícil acostumbrarse a ese crujido y a todos los otros ruidos extraños de esa vieja casa: el de las cañerías, las persianas de madera y un estruendo enorme que se producía cada media hora.

Mamá decía que el estruendo era sólo la casa «asentándose», cosa que todavía no entiendo. Bueno, por lo menos no dijo que era sólo el viento.

Me acosté de un salto y me tapé con la manta hasta la barbilla. Una vez hube arreglado las almohadas dos o tres veces para ponerme cómodo, me sentí un poco más seguro.

Mi cama me encanta. Mamá quería tirarla cuando nos mudamos porque opinaba que ya era hora de comprar una nueva. Sin embargo, yo me negué en redondo. Había tardado años en acostumbrarme a ella; el colchón tenía todos los bultos en los lugares correctos.

En la oscuridad contemplé mi nueva habitación. Era rarísimo ver todas mis cosas en aquel sitio desconocido. Y eso que cuando los hombres de las mudanzas subieron mis cajas esa mañana, les había

pedido que colocaran los muebles exactamente igual que estaban en mi viejo cuarto.

Enfrente de la cama, mi padre había construido una estantería genial (con luz y todo) para poner mis *souvenirs* de nieve. Estaba deseando desempaquetarlos y ordenarlos. Tengo setenta y siete *souvenirs* de todo el mundo, hasta de Australia y Hong Kong. ¡Soy un verdadero coleccionista!

Total, que empezaba a relajarme pensando en mi colección cuando oí otro ruido. Esa vez no fue una serie de crujiditos como antes, sino un sonido fuerte y largo.

Me incorporé de golpe. Ahora estaba totalmente convencido de que alguien (o algo) merodeaba ahí fuera. ¡Seguramente estaba justo debajo de mi ventana!

Me destapé, salté al suelo y aterricé sobre las manos. Gateé lentamente hacia la ventana y, una vez allí, me puse de pie con mucho cuidado para poder echar un vistazo.

¿Qué era aquello? ¿Una serpiente?

Abrí la ventana, cogí una pelotita del suelo y se la tiré a la serpiente. Inmediatamente me tiré al suelo y agucé el oído.

Silencio. No se oyó nada; ni un crujido ni un sonido de serpiente deslizándose sobre la hierba.

«¡He dado en el blanco! —pensé—. ¡Fenomenal!»

Me levanté y me asomé a la ventana con cuidado. Me sentía bastante orgulloso de mí mismo. Después de todo, acababa de salvar a toda mi familia de una mortífera…

¡Manguera!

Solté un suspiro de decepción y sacudí la cabeza.

«Cálmate, Cooper —me reñí—. Si Gary y Todd estuvieran aquí se partirían de risa.»

«¡Muy logrado, Cooper! —diría Gary—. ¡Has salvado a tu familia de una manguera venenosa!»

«¡Súper Cooper ataca de nuevo!», añadiría Todd.

Cuando regresé a la cama, volví a arreglar los almohadones. Después cerré los ojos con fuerza.

«Ya está —me dije—. Ya no me levanto más. Oiga lo que oiga, no pienso moverme.»

Entonces oí otro ruido, un ruido distinto que me puso los pelos

de punta.
Era un jadeo. Un jadeo profundo y siniestro.
En mi cuarto.
¡Debajo de la cama!



No me moví.

No podía. Me quedé mirando al techo, escuchando aquel jadeo ronco debajo de la cama.

«Muy bien, Cooper —me dije—. Cálmate. Seguramente es tu imaginación que vuelve a jugarte una mala pasada.»

El jadeo se hizo más fuerte y angustioso.

Me tapé los oídos y cerré los ojos con fuerza.

«No es nada, no es nada —me repetí—. Es una casa vieja y los edificios antiguos chirrían, ¿no?»

¿Qué había dicho mamá? ¿Asentarse? Sí, sería eso: el ruido de la casa asentándose.

O quizás eran las cañerías. En nuestro piso de Boston las cañerías también hacían muchísimo ruido. Eso debía de ser.

Bajé las manos.

El ruido cesó. Ni asentamiento, ni cañerías, ni jadeos. Me estaba volviendo loco.

«Si les contara esto a Gary y a Todd, seguro que les haría muchísima gracia.»

En ese momento el jadeo volvió a empezar. Era una respiración entrecortada y húmeda, como la de un caballo o un animal enfermo. No podía quedarme ahí acostado; tenía que saber qué era.

Me senté en la cama y respiré hondo antes de levantarme. Con muchísimo cuidado alcé la manta y, poquito a poco, bajé la cabeza para mirar debajo de la cama.

De pronto aparecieron unas manos que me agarraron. Eran dos

manos fuertes y frías que empezaron a estrangularme lentamente.

3

Grité tan alto que me sorprendí a mí mismo.

Mi atacante también debió de sobresaltarse porque me soltó el cuello rápidamente. Yo me puse la mano en la garganta y tosí para recuperar el aliento.

—Cooper, ¡no grites! —susurró una voz—. ¡Despertarás a papá y mamá!

¿Qué?

Oh, no. Era Mickey, el pesado de mi hermano mayor.

—¡Mickey! ¡Eres un cerdo! —exclamé—. ¡Me has pegado un susto de muerte!

Mickey salió de debajo de la cama y se limpió un poco el polvo del pijama.

—Menuda hazaña —murmuró.

—Cállate —le corté, mientras me frotaba la parte dolorida del cuello. En el espejo de la habitación vi unas marcas rojas donde Mickey me había agarrado.

—¡Mira qué has hecho! —exclamé—. ¡Ya sabes que enseguida me salen morados!

—Va, no seas quejica —respondió Mickey con una gran sonrisa —. ¡Te he pillado, tío!

Contemplé a mi hermano con una mirada rabiosa. Quería borrar esa sonrisa de su cara con todas mis fuerzas.

—¡Eres un bestia! —Fue lo único que se me ocurrió.

—¡Y tú un bebé! —respondió Mickey. Cuando llegó a la puerta se dio la vuelta y añadió con voz infantil—: ¡Coopercito necesita

dormir con la luz encendida!

Entonces perdí los estribos. Lo ataqué por la espalda y empecé a pegarle en la cabeza.

—¡Eh! —chilló, intentado liberarse de mí—. ¿Qué haces? ¡Déjame!

Las piernas de Mickey cedieron y se cayó al suelo.

Yo seguí agarrado a su espalda, golpeándole en la cabeza.

Aunque Mickey es tres años mayor que yo y mucho más alto, lo tenía bien cogido y pude propinarle un par de porrazos. Lo malo es que enseguida se dio la vuelta y comenzó a zurrarme. Por suerte sólo consiguió darme un puñetazo fuerte antes de que papá y mamá entraran en la habitación para ver qué ocurría.

—¡Cooper! ¡Mickey! ¿Qué está pasando aquí?

—¡Ha empezado él! —grité yo mientras intentaba esquivar un puñetazo.

Mi padre se agachó y me quitó a Mickey de encima.

—¡Tanto da quién haya empezado! —nos dijo furioso—. Menuda forma de comportarse el primer día en la nueva casa. ¡Mickey, vuelve a tu cuarto!

—Pero papá, él…

—¡Callaos! ¡Más vale que a partir de ahora os portéis bien! ¡Si hay una «próxima vez» vais a comenzar el nuevo curso castigados!

Mickey salió de la habitación a regañadientes, no sin antes sacarme la lengua. Quién era el bebé, ¿él o yo?

—Papá, de verdad que ha empezado él —le aseguré cuando mi hermano se hubo ido.

—Y tú no tienes la culpa de nada, ¿no? —preguntó mi padre con tono irónico.

—¡No! —insistí.

Papá simplemente sacudió la cabeza.

—Venga, Cooper. Vete a dormir.

Cuando mis padres se fueron, empecé a caminar por la habitación, frotándome el cuello. ¡Estaba hecho una furia!

No era la primera vez que Mickey me hacía una de las suyas. Desde que tengo uso de razón mi hermano me ha gastado bromas para aterrorizarme. Y casi siempre se sale con la suya.

Un fin de semana en que papá y mamá habían salido, escondió

un radiocassette en mi cuarto y por la noche puso una cinta de gritos escalofriantes. Otro día, pasó de venir a buscarme después de la clase de baloncesto y me dejó ahí tirado en el patio, mientras él disfrutaba viéndome sufrir.

De todas formas, lo de esconderse debajo de mi cama era lo peor que me había hecho. Era un cerdo repugnante.

Volví a meterme en la cama y a mirar al techo. Tenía que pensar en un modo de vengarme de Mickey. ¿Qué podía hacer? ¿Salir al jardín y gritar junto a su ventana? ¿Esconderme detrás de la cortina de la ducha y saltar mientras se lavaba los dientes?

No, era demasiado tonto. Tenía que ser algo espectacular, algo tan terrorífico que me diera miedo incluso a mí, que lo había preparado.

Contemplé el movimiento de las sombras en las paredes y el techo y escuché los ruidos de mi nueva casa, unos ruidos que tendría que oír el resto de mi vida. El goteo de las cañerías, los ladridos de los perros…

Un momento.

¿Perros?

Me incorporé. Nosotros no tenemos perro y no hay otra casa en varios kilómetros a la redonda. Sin embargo, yo había oído ladridos. Escuché atentamente y oí de nuevo un perro, primero ladrando y después aullando.

Suspiré y volví a destaparme. Mientras bajaba de la cama, descubrí qué pasaba: ¡Mickey! Tenía que ser una de las bromas pesadas de mi hermano. Mickey sabía imitar perfectamente el ladrido de un perro. Lo practicaba constantemente.

Me acosté de nuevo con una sonrisa. No pensaba levantarme ni acercarme a la ventana. Esta vez no iba a caer en su trampa, ni hablar. Me quedé allí acostado y escuché a Mickey hacer el idiota, ladrando y aullando como un loco. ¡Qué tonto!

De pronto me sobresalté.

«¡Caramba! —pensé—. Ahora oigo dos perros ladrando.»

Ni siquiera Mickey podía hacer eso.

Los ladridos se convirtieron en unos alaridos desgarradores. Además venían de muy cerca, de debajo de mi ventana.

Ya he dicho que había conseguido pasar todo un día sin

asustarme. Pero desde luego esta noche lo estaba compensando con creces.

Por millonésima y última vez me deslicé lentamente hacia la ventana. Los oía con claridad; eran dos perros que lloraban y aullaban.

Por millonésima y última vez atisbé por la ventana. ¡Pero por primera vez, no pude creer lo que vi!

4

No vi nada. Nada de nada. Ni perros ni personas.

Recorrí el jardín con la mirada, pero estaba vacío. ¿Cómo podían haber desaparecido tan rápidamente? Me quedé junto a la ventana unos segundos más, pero fue en vano.

«Nunca podré dormirme —pensé con un escalofrío—. No pegaré ojo mientras tenga que vivir en esta casa.»

Regresé a la cama y me tapé hasta la barbilla. A continuación me dediqué a contar las rayitas verdes y azules del papel pintado.

Supongo que al final me quedé dormido. Cuando abrí los ojos, hacía un sol espléndido. Bostecé y miré al despertador. Las seis y media. Suelo levantarme temprano porque me gusta empezar el día lo antes posible.

Salté de la cama y eché un vistazo al jardín. De día no parecía tan siniestro. Sonreí para mis adentros al ver el pequeño parque que había en una esquina, construido por los anteriores dueños. Había un tobogán y dos barras paralelas. El día antes papá había atado una cuerda y un neumático a una de las barras para hacer un columpio.

Detrás del parque empezaba el bosque, que se extendía varios kilómetros. Era un bosque denso, con una vegetación muy variada. Los árboles rodeaban la casa por tres lados y parecían no acabarse nunca.

Me vestí muy rápido, con una camiseta limpia de los Red Sox y unos tejanos. Agarré la gorra de béisbol y corrí afuera.

¡Era un día de verano fantástico! Hacía sol y calor. Si hubiera

estado en mi casa de antes, en Boston, me habría montado en la bici y habría ido a casa de Gary o Todd. Habríamos pasado el día fuera, jugando a béisbol en el patio o paseando por ahí.

«Pero ya no estoy en Boston —me dije—. Es mejor que me haga a la idea.»

Esperaba que hubiera algún niño simpático en el vecindario. Cuando llegamos el día anterior no había visto ninguna casa. Supuse que tendría que pasar los próximos días solo, al menos hasta que empezara el colegio la semana siguiente.

Caminé tranquilamente hasta el parque y me columpié un rato en el neumático. Adelante y atrás, adelante y atrás. Mientras me balanceaba, miraba fijamente la ventana de mi habitación y recordaba lo que había ocurrido la noche anterior.

Recordé lo valiente que había sido Súper Cooper. ¡Qué vergüenza!

Adelante y atrás, adelante y atrás.

Y cómo no, me acordé de los perros.

«¡Qué raro! —pensé—. Esos perros deberían haber dejado huellas por todo el jardín, pero no veo ninguna.»

Salté del columpio y examiné todo el jardín, pero no encontré nada. No había ni rastro de los perros, lo cual me pareció extrañísimo. Sabía que habían estado allí.

Miré hacia el bosque.

«Quizás eran unos perros que se habían perdido —me dije—. A lo mejor se acercaron a la casa para buscar refugio.»

En ese momento se me ocurrió que a lo mejor debería buscarlos, pero inmediatamente me entró miedo.

«Un niño podría perderse para siempre en estos bosques», pensé con nerviosismo.

No obstante, decidí ir. «Hoy es el primer día del nuevo Cooper. Seré Súper Cooper, pero de verdad.»

Quería encontrar esos perros para probarme a mí mismo que no me estaba volviendo loco.

«¿Quién sabe? Si encuentro los perros, quizá papá me deje quedarme uno —aventuré—. Podría ser divertido tener una mascota.»

Siempre había querido tener un perrito, pero mamá decía que el

pelo le daba alergia. Con un poco de suerte, ahora que vivíamos en el campo, tal vez cambiaría de opinión.

Primero respiré hondo y después me interné en el bosque. Allí vi unos árboles alucinantes: preciosos abedules de troncos blancos y suaves, y sasafrases y arces de troncos gruesos y nudosos.

«Deben de ser centenarios —pensé—. ¡Es increíble!»

«A lo mejor papá me construye una casa en lo alto de uno de estos árboles —me dije, emocionado—. Sería chulísimo. Así, cuando Gary y Todd vinieran a verme podríamos utilizarla.»

Caminaba con la vista fija en el suelo, en busca de huellas de perro. Sin embargo, no había nada; ni huellas, ni ramas rotas ni nada.

«Qué raro. Estoy seguro de que anoche los oí —reflexioné—. Aunque quizá sólo me lo pareció. Es cierto que era tarde y yo tenía bastante sueño, o sea que tal vez fuera mi imaginación.

»O quizá fuera Mickey —decidí—. A lo mejor grabó otro perro y se puso a ladrar a la vez. Es muy capaz de preparar un truco por el estilo.»

Esto no podía quedar así. Tenía que devolverle la jugada. Ya idearía algo fuerte, quizás allí mismo, en el bosque.

Seguí caminando entre los altos árboles y arbustos sin dejar de pensar en cómo dar un buen susto a Mickey. Fue entonces cuando caí en que no me había fijado en el camino que tomaba.

Me volví y miré por entre los gruesos troncos.

¡Mi casa! ¡Ñola veía!

«Calma, Cooper —me dije—. No puedes estar lejos.»

A pesar de querer tranquilizarme, las palmas de las manos me empezaron a sudar. Tragué saliva e intenté recordar por dónde había venido.

«Por la izquierda, seguro —pensé—. No, un momento. Quizá fue por la derecha.»

Bajé la cabeza derrotado.

«Es inútil —me lamenté—. Me he perdido.»



No quería llorar.

¿Y si Mickey me descubría con los ojos rojos y llenos de lágrimas? No me dejaría en paz. Además hoy era el primer día de mi nueva personalidad, el valiente Súper Cooper.

Respiré hondo e intenté sosegarme. Decidí caminar un poco por la derecha. Si no veía la casa, daría media vuelta y andaría un poco hacia la izquierda. Valía la pena intentarlo.

«¿Por qué no? —me pregunté—. De todos modos, ya estoy perdido.»

Giré a la derecha y procuré avanzar en línea recta.

De repente oí un crujido de ramas que me llamó la atención. No había nadie.

«Será una ardilla o algún animalito —me dije—. Sigue adelante.»

Reanudé la marcha, pero casi inmediatamente oí el susurro de unas hojas a mis espaldas. Aquella vez no me di la vuelta, sino que apreté el paso.

Entonces lo oí de nuevo: un chasquido y un rumor de hojas secas.

Se me formó un nudo en la garganta.

«Tranquilo —me dije—. No tengas miedo.»

—¿Qui… quién anda ahí? —tartamudeé.

No hubo respuesta, así que me volví.

«¿Cómo? —pensé—. ¿Dónde estoy?»

La cabeza empezó a darme vueltas. Me sentía tan mareado que

era incapaz de recordar por dónde había venido.

Crac, crac. Cronch, cronch.

—¿Quién es? —repetí, con una voz no demasiado digna de Súper Cooper—. Mickey, ¿eres tú? ¡No tiene gracia! ¡Mickey!

En ese instante noté que algo horrible me rozaba la nuca. Algo frío y afilado.

No pude evitarlo; comencé a gritar.

6

Era una hoja. Una simple hojita.

«Venga, Cooper —rae dije—. ¡Contrólate!»

Me senté en la hierba un segundo y consulté mi reloj. Eran casi las ocho.

Papá no tardaría en salir al jardín, ya que había planeado montar la nueva barbacoa a primera hora de la mañana. Sólo tenía que esperar a que comenzaran los martillazos y caminar en esa dirección.

«Buena idea —pensé—. Me sentaré aquí y esperaré.»

Entonces volví a oír algo que se movía detrás de mí.

«Son sólo las hojas —me dije—. Y el viento.»

Cuando miré arriba, a los árboles… alguien me agarró del brazo.

Me liberé, pegué un salto y eché a correr. Pero inmediatamente después tropecé y me caí al suelo. Cuando me levanté, me quedé de piedra.

¡Era una niña!

Era pelirroja y tendría más o menos mi edad. Tenía el pelo rizado y alborotado, unos enormes ojos verdes y llevaba una camiseta y un pantalón corto de color rojo. Me recordaba a una muñeca de trapo que solía arrastrar la hermana pequeña de Todd.

—¿Estás bien? —me preguntó con las manos apoyadas en la cintura.

—Sí, perfectamente —murmuré yo.

—No quería asustarte.

—No me has asustado —mentí.

—Yo también me habría sobresaltado si alguien me hubiese agarrado así —se disculpó—. No era mi intención.

—Ya te lo he dicho —repetí con tono seco—. No me has asustado.

—Bueno, vale. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? —le pregunté. Era la niña más rara que había conocido en mi vida.

—No lo sé —contestó, encogiéndose de hombros—. Simplemente lo siento.

—Bueno, vale ya de disculpas —le dije.

Cuando me levanté, me sacudí la ropa y recogí mi gorra de béisbol. Me la puse rápidamente para cubrirme las orejas.

Durante todo ese tiempo la niña me había estado contemplando fijamente. ¿Sería por mis orejas?

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Margaret Ferguson —respondió—. Pero la gente me llama Fergie, como la duquesa.

No sabía de qué duquesa me hablaba, pero me di por enterado.

—Vivo en el bosque, en esa dirección —me explicó, mientras apuntaba con el dedo detrás de ella.

—Pensaba que no vivía nadie en varios kilómetros a la redonda —comenté.

—Hay algunas casas por allí, Cooper —me contó—. Pero están bastante aisladas unas de otras.

—¡Eh! ¿Cómo sabes mi nombre? —le pregunté, sorprendido.

Margaret, o Fergie, o como quiera que se llamase, se puso como un tomate.

—Bueno… te vi cuando te mudaste ayer —confesó.

—Pues yo no te vi a ti —respondí.

—Porque me escondí en el bosque —explicó—. Oí que tu padre te llamaba Cooper. También sé tu apellido: Holmes, porque lo vi escrito en las cajas del camión de mudanzas. Además, sé que tienes un hermano: Mickey —añadió—. Parece un poco imbécil.

Solté una carcajada.

—¡En eso tienes toda la razón! —exclamé—. ¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

Ella no respondió, sino que bajó la cabeza.

—Digo que cuánto tiempo…

De pronto me miró directamente a los ojos.

—¿Qué… qué te pasa? —tartamudeé, al ver la expresión de miedo en su rostro.

El labio le temblaba; parecía que le doliese algo.

—¡Margaret! —exclamé—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Abrió la boca, pero fue incapaz de hablar. Respiraba agitadamente, tragando aire. Al final me cogió por los hombros con fuerza y acercó su cara a la mía.

—Perros —susurró. Acto seguido, me soltó y se alejó corriendo.

Yo me quedé helado unos instantes, pero enseguida salí en su busca. Ella llegó hasta un enorme tronco talado antes de que pudiera alcanzarla. La detuve agarrándola por la camiseta.

—Margaret, ¿qué has querido decir con eso? —le pregunté.

—¡No, no! —gritó—. ¡Déjame! ¡Déjame ya!

No le hice ni caso.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —chilló de nuevo.

—Margaret, ¿qué has querido decir? —insistí—. Es muy importante. ¿Por qué has dicho «perros»?

—¿Perros? —Me miró con cara de sorpresa—. ¿Pero de qué estás hablando?

Me quedé boquiabierto.

—¡Que sí! —aseguré—. Me has mirado fijamente y me has dicho «perros». ¡No me lo invento!

Margaret negó con la cabeza.

—No, no me acuerdo —respondió pensativa.

«He conocido a niños raros en mi vida, pero Margaret se lleva la palma —pensé—. Casi consigue que Mickey parezca normal.

»Casi.»

—Muy bien —dije, tratando de mantener la calma—. Te cuento lo que ha pasado: tú te has asustado y me has agarrado. Entonces me has dicho «perros» y has vuelto a asustarte.

—No lo recuerdo —contestó en voz baja, negando con la cabeza —. ¿Por qué iba a decir eso?

—¡Y yo qué sé! —grité, a punto de perder la paciencia—. ¡Lo has dicho tú, no yo!

Tras mirar a su alrededor, Margaret fijó sus ojos verdes en los

míos.

—Escúchame, Cooper —me susurró misteriosamente—. Sal de aquí.

—¿Qué?

—¡Te lo advierto por tu bien! ¡Diles a tus padres que tenéis que iros inmediatamente!

Margaret miró por encima del hombro con nerviosismo y luego volvió a dirigirse a mí.

—Por favor, hazme caso. ¡Sal de aquí lo antes posible!

7

Fergie me soltó y salió corriendo.

Me quedé contemplándola durante unos segundos, completamente estupefacto. Después decidí que sería mejor no perderla de vista.

—¡Fergie! —grité—. ¡Espera!

Para ser una niña, Fergie corría bastante rápido. Bueno, la verdad es que la mayoría de las niñas que conozco corren mucho. ¿Quién ha dicho que las niñas son más lentas que los niños? Menudo cuento chino. Muchas de las chicas de mi clase del año pasado eran capaces de ganar a los niños en cualquier carrera.

De todos modos, yo era un corredor bastante rápido. Cuando a uno le da miedo todo, aprende a correr… ¡a toda pastilla!

—¡Fergie! —volví a chillar—. ¡Por favor! ¡Cuéntame qué pasa!

No podía alcanzarla, pero, inesperadamente, ella se detuvo y se volvió hacia mí.

—Mira, Cooper —me dijo en un tono más tranquilo que antes—. El bosque está encantado, y probablemente tu casa también. Vuelve y diles a tus padres que debéis regresar al lugar de donde vinisteis.

—Pero… pero… —tartamudeé.

—Es demasiado peligroso —me alertó Fergie—. ¡Vete de aquí! ¡Lo antes posible!

Y con esas palabras, dio media vuelta y se marchó andando en dirección a su casa.

Aquella vez no la seguí, aunque debería haberlo hecho. Ya no me acordaba de que me había perdido.

«Mi casa debe de estar en la dirección opuesta», decidí, mirando atrás.

Fergie desapareció entre los árboles.

«Muy bien —pensé enfadado—. Ojalá no la vuelva a ver.»

¿Por qué me había contado todo aquello? ¿Por qué me había dicho que el bosque estaba encantado? ¿Porque era verdad? ¡Sería típico de mis padres comprar una casa encantada en un bosque hechizado!

Seguí avanzando, incapaz de librarme de aquella sensación de angustia. Tenía la impresión de que millones de ojos me observaban por entre los árboles, y deseaba que Fergie no me hubiera contado aquella historia.

Cuanto más caminaba, más miedo tenía. No me cabía ninguna duda de que el bosque estaba encantado; miles de fantasmas debían de estar acechando.

Luego, a lo lejos, oí un leve martilleo. Al principio me sorprendió, pero cuando comprendí que era mi padre instalando la barbacoa, salté de alegría.

—¡Bien! —grité aliviado—. ¡Ya casi estoy en casa! —Mi plan había funcionado.

Inicié el regreso siguiendo los martillazos, pero me sobresaltó el ruido de unas ramas sobre mi cabeza.

Alcé la vista; tan sólo era un pájaro, pero por culpa de mirar hacia arriba por poco me caigo de cabeza en un riachuelo.

El agua lamía suavemente la hierba de la orilla y reflejaba el pálido azul del cielo.

«Qué raro —pensé asombrado—. No lo había visto antes.»

Me agaché para tocar el agua y comprobé que estaba muy fría.

«¡Qué guapo! —me dije—. Un riachuelo de verdad, prácticamente en mi propio jardín.»

Entonces recordé que no iba a ser mí jardín por mucho tiempo. En cuanto les contara a mis padres lo que me había dicho Fergie, seguro que haríamos las maletas y volveríamos a Boston.

Mientras me secaba la mano en la camiseta, me volvió a invadir aquella sensación de angustia; la de ojos vigilándome. Levanté la mirada y solté un grito sofocado.

¡Había unos ojos mirándome de verdad!

Cuatro ojos me observaban desde el otro lado del río; los ojos de dos enormes mastines negros.

Uno de ellos jadeaba con fuerza y la lengua le colgaba por la boca abierta. El otro me mostró sus dientes amarillentos y asquerosos. Los dos gruñían amenazadoramente. ¡Qué miedo!

«¡Corre! —me dije—. ¡Corre!»

Pero las piernas no me obedecían.

Los dos perros me miraban fijamente sin dejar de gruñir. De pronto, me atacaron.



Los vi abalanzarse hacia mí, con sus crueles ojos brillantes y sus enormes cabezas de perros asesinos. Corrían a toda velocidad y sus poderosas patas hacían retumbar el suelo.

Con un grito aterrorizado, me di la vuelta y eché a correr.

«¡Ojalá pudiera volar!», pensé.

—¡Socorroooo!

¿Era yo el que había soltado aquel alarido terrorífico? Sí, creo que sí.

De pronto vislumbré una luz entre los troncos. ¡Era el reflejo del sol sobre el tobogán de mi jardín!

¡Sí! ¡Ya casi estaba en casa!

Sabía que los dos mastines me pisaban los talones porque notaba su cálido aliento en las piernas. ¡Incluso sentí el roce de unos dientes afilados en el tobillo!

Aceleré un poco más y logré salir del bosque.

—¡Papá! —chillé—. ¡Los perros! ¡Los perros!

Me arrojé a sus brazos, aterrorizado.

—¡Cooper, cálmate! ¿Qué te ha pasado? —preguntó, agarrándome por los hombros.

—¡Los perros! —gemí, sin soltarlo.

—Cooper, ¿qué perros? —exigió papá.

Parpadeé, confundido. ¿Acaso no los oía? ¿No los veía?

Me solté y señalé hacia el bosque.

—Perros salvajes. Dos mastines enormes. Me persiguen y…

Miré alrededor, desesperado. En el jardín sólo estábamos mi

padre y yo.

No se oían ladridos, ni gruñidos, nada de nada.

El sol se reflejaba en el tobogán, el neumático se balanceaba y los perros habían desaparecido.



—Cooper, supongo que es una broma, ¿no? —preguntó papá.

—¿Qué? ¡De broma nada! —exclamé—. Estaban ahí detrás. Por poco me muerden y…

—Y después se han esfumado por arte de magia, ¿no? —se burló papá.

—Ven conmigo al bosque —le rogué—. Todavía estarán allí.

Corrí hasta donde empezaba el bosque, buscando afanosamente alguna señal de los perros. Papá me siguió, pero no había nada que ver.

Di media vuelta y regresé hacia la casa cabizbajo. Papá no dijo nada hasta que llegamos al jardín. Luego se sentó en el tobogán y se quedó mirándome.

—Cooper, ¿qué pasa? —me preguntó en voz baja. Evidentemente, él pensaba que todo eran figuraciones mías.

—Ya te lo he dicho, papá. Dos perros me han perseguido por el bosque. ¡Estaban a pocos centímetros de mí! ¡Uno casi me arranca la pierna!

Papá continuó observándome con expresión pensativa.

—Papá, escúchame —le supliqué—. Tenemos que irnos. ¡No podemos vivir aquí!

Papá se puso en pie.

—¿De qué hablas?

—Tenemos que volver a Boston —insistí—. ¡No podemos quedarnos aquí!

—¿Por qué no? —preguntó papá.

—¡Es esta casa! —grité angustiado—. ¡Está encantada!

—¿Qué dices, Cooper?

—¡Papá! Hazme caso —le pedí—. El bosque… esta casa… todo está encantado. ¡Todo el mundo por aquí lo sabe! ¡No deberíamos haber venido a este lugar!

—Cooper, ya sabes que eso no puede ser —respondió papá, guardando la calma—. Pasear solo por el bosque puede dar bastante miedo. Es normal que te hayas asustado. ¿Por qué no entras y te tranquilizas? Mamá ha preparado un buen desayuno. Cuando te tomes un par de tostadas con mantequilla, se te pasará el susto.

Papá me rodeó con el brazo.

Ahora sí que me sentía mal. Ni mi propio padre me creía.

—Pero, papá, ¡es verdad! —repetí—. El bosque está encantado y una niña muy rara que he conocido me ha dicho que deberíamos cambiarnos de casa. Ella…

—Cooper, ya sé que estás triste por lo del traslado —dijo papá —. Pero todas estas historias descabelladas no van a cambiar nada. Ahora vivimos aquí y punto.

—Pero…

—Cuando empiecen las clases harás nuevos amigos y todo irá bien —añadió—. Venga, a desayunar. En cuanto comas algo te sentirás mejor, ya verás.

Papá me condujo hacia la casa y, mientras me abría la puerta, me volví y eché un último vistazo al bosque.

Entre los árboles había dos perrazos enormes que me miraban fijamente.

10

Parpadeé y los perros desaparecieron.

Sacudí la cabeza, desconcertado, y me encaminé hacia la cocina. Cuando papá y yo entramos en la habitación, Mickey ya casi había terminado su desayuno. Estaba inclinado sobre el bol de cereales, riéndose por lo bajo. Yo no le hice ni caso.

—Cooper, tómate unas tostadas —dijo mamá—. Las tienes en el plato.

Me senté frente a Mickey, pero sin mirar su cara de idiota. Todavía estaba enfadado con él.

—Mamá, ¿sabes quiénes son nuestros vecinos? —pregunté mientras untaba mis tostadas con mermelada.

—Pues claro —respondió—. Tu padre y yo conocimos a algunos hace unas semanas, cuando vinimos a ver la casa.

—¿Conocisteis a los Ferguson? —pregunté.

Mamá pensó detenidamente, pero luego negó con la cabeza.

—No, creo que no. Conocimos a los Martell, a Joel y Shirley. Son muy majos. —Entonces añadió—: ¿Quiénes son los Ferguson?

Yo respondí con otra pregunta.

—¿Te dijeron los Martell que la casa estaba encantada?

Mamá se rió.

—Pues no. Debieron de olvidarse —bromeó.

—Lo digo en serio —insistí—. La casa está encantada. ¡Y el bosque también!

—Cooper, ¿de qué hablas? —exigió mi madre.

—Basta ya, Cooper —me advirtió mi padre—. Tómate el

desayuno.

—Sí, anda —se burló Mickey—. Tómate el desayuno, Dumbo.

Noté que me ponía rojo. Odiaba que mi hermano se metiera con mis orejas.

—Tú cállate, Ratón Mickey —respondí.

—Ya está bien, vosotros dos —nos cortó papá.

Cogí la tostada. ¿Por qué no me creían? ¿Cómo podían pensar que me había inventado aquella historia?

Mordí la tostada y empecé a masticar.

—¡Puajjj!

Me puse a toser y acabé escupiendo la comida sobre el plato.

—¡Qué asco! —exclamó mi hermano con una sonrisa—. ¡Es repugnante! Así no se puede comer.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y volví a toser un par de veces más.

—¿Estás bien, Cooper? —preguntó mamá.

—¡La tostada está llena de pimienta! —exclamé furioso.

Mickey se echó a reír. El muy cerdo.

Sin decir una palabra, mi padre se levantó de la mesa y se marchó de la habitación. Mi padre siempre se comporta así cuando se enfada; primero se queda callado y luego se va. Los castigos vienen más tarde.

Yo me bebí un vaso de leche para aliviar el insoportable picor de la boca, mientras mamá se disponía a prepararme otra tostada.

—Mickey —dijo con un suspiro—. Ya sabes que no tiene gracia. Pídele perdón a tu hermano.

—¿Perdón? ¡Pero si sólo era una broma! —se quejó Mickey.

—Ya ves qué risa —murmuré con rabia, mientras me bebía otro vaso de leche—. Es que me troncho.

—¡Pídele perdón! —insistió mamá.

Mickey inclinó la cabeza y se quedó mirando al suelo. Mientras tanto, yo me crucé de brazos.

—¡Estoy esperando! —canturreé.

Mickey me hizo una mueca horrible. Sin embargo, cuando mamá se dio la vuelta, cambió su expresión por una inocente sonrisa.

—Lo siento mucho, Cooper —mintió Mickey—. No volveré a

hacerlo.

Mickey parpadeó con aire ingenuo y mamá, satisfecha, se volvió hacia la encimera. En cuanto nos dio la espalda, mi hermano comenzó a imitarme tirándose de las orejas.

Estaba hasta la coronilla de Mickey. Me levanté y salí corriendo de la cocina. No quería meterme en otra pelea con ese idiota. Tenía cosas más importantes que hacer, como hablar con papá sobre los perros y conseguir que me creyera.

Papá se hallaba sentado en su sillón preferido. El sillón no acababa de encajar con el estilo de nuestra nueva sala de estar y creo que incluso él se había dado cuenta. No hacía más que cambiar de postura, como si estuviera incómodo.

—Quizá ya es hora de comprar un nuevo sillón —murmuró.

—Papá, ¿puedo hablar contigo un momento? —le pregunté.

—¿Qué quieres, Cooper? —contestó, mientras acercaba al sillón la lámpara de la bisabuela.

—Es sobre los perros —contesté.

Papá suspiró.

—Cooper, ¿no crees que exageras? Además, ¿qué pasa si viste perros en el bosque? ¡Podrían ser de cualquier vecino!

—¡Pero me persiguieron! —contesté exaltado—. ¡Y luego se esfumaron! Y cuando esa niña me dijo que el bosque estaba encantado…

—¿Qué niña? —quiso saber mi padre.

—Me dijo que se llamaba Margaret Ferguson —le expliqué—. Y me contó que su familia vivía aquí al lado.

Papá se rascó la barbilla.

—Qué raro —comentó—. El agente inmobiliario no mencionó a los Ferguson.

—Bueno, pues la conocí esta mañana y ella me dijo que todo el mundo de por aquí sabe que nuestra casa está encantada.

—Tal vez por eso nos la dejaron tan barata —murmuró papá con una risita.

Yo no le veía la gracia.

Papá dejó de reírse y me miró muy serio.

—De momento olvídate de los perros, Cooper. Ya nos preocuparemos del asunto si los vuelves a ver. Mientras tanto

preguntaré en el pueblo si alguien sabe de quién son. ¿De acuerdo?

—¿Y la casa? —pregunté—. Margaret me advirtió que nos marcháramos de aquí lo antes posible.

—¡Cooper, a desayunar! —me interrumpió mamá—. Se te van a enfriar las tostadas.

—Vete a comer —me ordenó mi padre—. Y por favor, ni una palabra más sobre perros o casas encantadas.

Con un suspiro de frustración, regresé a la cocina. Al entrar por la puerta, Mickey se abalanzó sobre mí soltando un enorme rugido. Me pegué un susto de muerte, claro.

—¡Mamá! —exclamé.

—¡Mickey, basta! —chilló mi madre—. No molestes a tu hermano. Ya sabes que le está costando adaptarse a la nueva casa.

—¡No me está costando! —le grité. ¿Por qué nadie me tomaba en serio?—. Esta casa está encantada y, si no me hacéis caso, os arrepentiréis. ¡Ya veréis!

Di un portazo, corrí a mi habitación y me tiré sobre la cama. Miré a mi alrededor; a pesar de que estaban algunas de mis cosas, no parecía mi cuarto.

Me quedé allí todo el día. No quería ver a Mickey ni a mis padres. Tampoco quería volver a ver esos perros.

Cuando llegó la hora de cenar ya había desempaquetado casi todo, por lo que me sentí más a gusto. Mi nuevo cuarto ya empezaba a parecerse a mi antigua habitación de Boston.

Después de cenar, me llevé los setenta y siete *souvenirs* de nieve al cuarto de Baño y los lavé uno por uno. La gente no sabe que hay que mantenerlos limpios y rellenarlos de agua porque si no se secan. Cuando estuvieron relucientes, los coloqué cuidadosamente sobre mi nueva estantería. ¡Quedaban fantásticos!

Los intenté distribuir por tamaños, pero no funcionó. Al final los coloqué por orden alfabético (de Annapolis a Washington) y por supuesto puse mi favorito (el de los Red Sox de Boston) en el estante de en medio, en el centro y en primera fila.

Cuando terminé ya eran las once, así que me acosté. Tanto ajetreo me había dejado hecho polvo.

Estaba a punto de dormirme cuando los oí con toda claridad.

Eran ladridos. Y gruñidos.

Me incorporé de golpe. Supuse que mis padres y Mickey entrarían corriendo. Esta vez tenían que haberlos oído.

Esperé y esperé.

Los ladridos se hicieron más fuertes, pero nadie se despertó.

Apoyé un pie en el suelo y luego el otro. Me levanté y agucé el oído.

Eran dos perros ladrando.

Lo peor era que esta vez los ladridos no procedían del jardín. ¡Venían de dentro de casa!



Desesperado, busqué un arma o alguna cosa para defenderme de los perros. En el armario encontré un bate de béisbol de aluminio, lo cogí y caminé sigilosamente hacia la puerta de mi habitación.

La abrí y escuché.

Sí. Los ladridos procedían definitivamente del interior de la casa. Parecían venir de la sala de estar.

Respiré hondo y me deslicé hasta el pasillo. ¿Dónde estaban mis padres? Su cuarto estaba situado directamente encima de la sala, tenían que oír los ladridos por fuerza. ¿Por qué no habían salido corriendo a ver qué pasaba?

La habitación de Mickey estaba en el primer piso, al lado de la mía. Cuando eché un vistazo por el pasillo, comprobé que su puerta estaba cerrada.

«¿Qué le pasa? —me pregunté—. ¿Dónde está todo el mundo?»

Caminé silenciosamente por el pasillo hacia la sala de estar, donde podía oír a los perros corriendo. De pronto oí un fuerte estrépito y me sobresalté.

Algo se había estrellado contra el suelo.

«La lámpara de la bisabuela», pensé.

Miré al techo. La habitación de mis padres estaba justo encima. ¿Se habían quedado sordos, o qué?

Sosteniendo el bate delante de mí, irrumpí en la sala de estar y encendí la luz.

Los perros…

Los perros…

¡No estaban!

La sala estaba completamente vacía.

—¿Qué?

Parpadeé varias veces, algo deslumbrado, y luego examiné la habitación.

Ni perros, ni ladridos, ni gruñidos.

¡Un momento! La lámpara de la bisabuela estaba en el suelo. Y al dar un paso hacia el sofá, noté un crujido bajo mis pies descalzos. ¿Serían patatas fritas?

Efectivamente, había patatas fritas desparramadas por todo el cuarto. En un rincón vislumbré la bolsa completamente destrozada.

El corazón me latía a toda velocidad.

Cuando me agaché a recoger la bolsa rota, una sombra cayó sobre mí. Oí un fuerte jadeo y noté un aliento cálido y fétido en el cuello.

12

—Dumbo, ¿qué haces?

Me incorporé y me di la vuelta.

—¡Mickey!

—Pues sí. Me vas a gastar el nombre —respondió.

—¡Mickey! ¿Los has oído?

Mickey echó un vistazo a la habitación.

—¿Oír a quién? —preguntó, pero antes de que pudiera contestarle me soltó—: Cooper, tú eres tonto. ¿Por qué has llenado la sala de patatas fritas?

—¡Yo no he sido! —exclamé—. Han sido los perros. ¿No los has oído?

Mickey negó con la cabeza.

—No. Yo no he oído nada.

Me quedé de una pieza.

—¿No has oído unos perros salvajes corriendo por la sala?

Mickey levantó la vista al techo y comenzó a silbar.

—Te has vuelto chalupa, Cooper. Oír perros invisibles, aún. Pero darles de comer patatas fritas, ¡venga ya! Estás como una cabra, tío.

—Yo no he sido —insistí, enfadado—. Ya te lo he dicho; han sido los perros.

Mickey sacudió la cabeza.

—Sólo prométeme una cosa —dijo con seriedad.

—¿Qué? —pregunté.

—Que cuando empiece la escuela la semana que viene no le irás a decir a nadie que eres mi hermano.

Quería tirarle algo a la cara. Deseé tener la lámpara de la bisabuela a mano, pero no la tenía, así que en su lugar le arrojé la bolsa de patatas fritas.

La bolsa se elevó unos diez centímetros y aterrizó sobre mis pies.

—¡Eres penoso! —se rió Mickey—. Ya sé por qué estás haciendo todo esto. Quieres que mamá y papá crean que la casa está hechizada para que volvamos a Boston y puedas ver a los imbéciles de tus amiguitos Gary y Todd.

Mickey me dirigió una mueca.

—Qué plan tan ridículo.

Dicho esto, dio media vuelta y se fue.

«Espera un poco, Mickey —pensé—. Me vengaré de ti, ya verás. Además, voy a conseguir que todos crean lo de los perros. Lograré convencerles de que digo la verdad.

»Pero ¿cómo? —me pregunté, mientras miraba la habitación vacía y silenciosa—. ¿Cómo?»

13

El domingo por la mañana me levanté temprano como de costumbre. Me quedaban unas cuantas cosas más que desempaquetar y quería acabar antes del desayuno.

Desenrollé mi póster de los Red Sox y lo pegué encima de la cama, en el mismo lugar donde lo tenía colgado en Boston. Después comencé a revolver en una caja en busca de mis calcetines rojos de la suerte. Me los estaba poniendo cuando sonó el timbre.

—¡Cooper! —gritó mi madre unos segundos más tarde—. ¡Tienes visita!

¿Quién podía ser? No conocía a nadie en aquel sitio. Entonces se me ocurrió que Gary podría haberle pedido a su padre que los llevara a él y a Todd.

¡Genial! ¡Menuda sorpresa!

Cerré la caja y salí de mi habitación a toda prisa. Estaba tan emocionado que corrí hasta la puerta principal.

Pero de Gary y Todd, nada.

En el umbral me encontré a Fergie, que me miró fijamente. Sólo con verla me di cuenta de que estaba nerviosa. No hacía más que balancearse y juguetear con un mechón de su brillante pelo rojo.

—Vaya, hola —musité, incapaz de disimular mi decepción.

—Tengo que hablar contigo —dijo ella—. Ahora mismo.

—Muy bien —contesté.

—Aquí no —me respondió, indicando con la cabeza a mis padres, que leían el periódico en el estudio.

Solté un suspiro.

—De acuerdo. Espera un momento.

Subí corriendo a mi cuarto a ponerme unas zapatillas de deporte.

—Salgamos al jardín de atrás —sugerí.

Fergie asintió y me siguió con aire solemne. Una vez fuera, yo me senté en el neumático y ella empezó a hablar.

—¡Todo eso fue idea de tu hermano! —exclamó.

—¿Cómo?

—No sé por qué lo hice, pero la verdad es que fue todo idea suya. Absolutamente todo.

—¿El qué? —insistí.

—Lo que te dije ayer. Lo de la casa y el bosque.

—O sea, ¿que no están encantados? —pregunté, confundido.

Fergie negó con la cabeza.

—No.

—¿Y por qué me contaste todo aquello?

—Ya te lo he dicho. Fue idea de Mickey. Lo conocí el día que os mudasteis —explicó Fergie—. Y me dijo que sería divertido gastarte una broma.

—¿Eso dijo? —exclamé.

—Me contó que siempre os estabais gastando bromas —respondió Fergie—. Y que a ti te parecería divertidísimo.

—¿Una broma? —pregunté—. ¿Todo ha sido una de las jugarretas de mi hermano?

No podía creerlo.

Fergie se mordió el labio inferior y asintió.

—Mickey me pidió que te contara que el bosque y la casa estaban encantados —suspiró Fergie—. Lo hice, pero cuando vi lo asustado que estabas, me supo muy mal. Me arrepentí de haberle hecho caso a tu hermano.

Mickey. El muy cerdo.

—Pero ¿cómo sabías lo de los perros? —le pregunté.

Fergie me miró con cara de no comprender.

—¿Perros? ¿Qué perros?

—Ésa es la palabra que me susurraste —le expliqué—. «Perros.»

Fergie se quedó pensativa.

—No recuerdo haber hecho eso. ¿Estás seguro de que dije

«perros»?

Asentí con la cabeza.

—Sí. Eso es lo que dijiste: «perros». Y después, cuando te fuiste, dos horribles mastines negros me persiguieron por el bosque.

—¿De verdad?

—Sí. Me persiguieron hasta la casa y luego desaparecieron repentinamente.

—Qué raro —murmuró Fergie.

—Dímelo a mí —respondí.

—¿Dónde los viste por primera vez? —me preguntó Fergie.

Señalé hacia el bosque.

—Por allí. Cerca de un riachuelo.

—Ése es el río que va a casa de los Martell —me contó Fergie—. Son amigos de mis padres y no tienen ningún perro, Cooper.

Me encogí de hombros y espanté una mosca que revoloteaba cerca de mi oreja.

—Bueno, alguien de por aquí debe de tener perros —concluí yo.

—A mí los perros me dan miedo —confesó Fergie—. Me alegro de no haberlos visto ayer.

—Desde luego —musité—. Estos perros no te hubiesen gustado nada.

—¡Eh! ¿Viste una roca enorme en forma de punta de flecha? Está al lado del río —me preguntó.

—Pues no —admití yo.

—Es chulísima —exclamó entusiasmada—. Tienes que verla. Yo voy mucho porque es perfecta para escalar.

—¿Por qué no vamos ahora? —sugerí. Todavía me daba miedo el bosque, aunque no estuviera encantado o no. Pero no me apetecía quedarme en casa todo el día.

Me bajé del neumático y seguí a Fergie, mientras ésta se internaba en el bosque. Por el camino vi un palo largo y lo recogí.

—Por si vuelven los perros —le dije a Fergie.

Caminamos un rato hasta llegar al riachuelo. Una vez allí, Fergie comenzó a buscar la roca.

—Sé que está por aquí —me dijo, volviéndose hacia mí—. Nunca la…

Fergie enmudeció al mirarme a los ojos.

—¡Cooper! —exclamó—. ¿Qué pasa?

Yo retrocedí y, con una mano temblorosa, señalé los árboles, justo detrás de Fergie.

—¡Mar… Margaret! —susurré aterrorizado—. ¡Los perros! ¡Cuidado! ¡Vienen hacia aquí! ¡Vienen a por nosotros!

14

Fergie se volvió y soltó un grito de terror.

—¡Que vienen! —chillé yo.

Fergie se quedó petrificada.

—¡Oh, no! ¡Ayúdame, Cooper! ¡Ya te he dicho que los perros me dan mucho miedo!

—¡Corre! —le grité—. ¡Corre!

Fergie salió disparada. Nunca había visto a nadie correr tan rápido. Sin embargo, al cabo de diez pasos, tropezó. Soltó un chillido de pánico y aterrizó de forma espectacular.

Yo no pude evitar soltar una carcajada.

—¡Estamos empatados! —exclamé alegremente.

—¿Qué? —Fergie alzó la cabeza.

—Que estamos empatados —repetí—. Esto va por haberme gastado esa broma de tan mal gusto y por ayudar al idiota de mi hermano.

Las mejillas de Fergie recobraron su color.

—Me has pegado un susto de muerte —murmuró—. ¿Cómo has podido hacerme esta faena?

—Muy fácil —respondí, todavía con una sonrisa en los labios.

—Ya te he dicho que no fue todo culpa mía. Tu hermano me aseguró que siempre os gastabais bromas por el estilo —protestó Fergie. Entonces se levantó y sacudió la cabeza—. Te has pasado, Cooper.

Yo me encogí de hombros.

—Ya lo sé, pero ahora estamos en paz.

Fergie se limpió los téjanos con la mano y examinó un rasguño que se había hecho en codo.

—¿Sabes? Creo que los dos deberíamos vengarnos de Mickey —concluyó.

—Llevo toda la mañana pensando lo mismo —confesé—. Y ayer también. Desde que nos mudamos aquí, Mickey me ha estado tomando el pelo y me muero de ganas de vengarme. Pero tiene que ser algo fuerte.

Caminamos un poco por la orilla del río, intentando encontrar la forma de vengarnos de Mickey. Finalmente llegamos a la roca en forma de punta de flecha.

Ella subió primero y yo la seguí. Era una roca enorme y escarpada, perfecta para escalar. Nos quedamos allí un buen rato, tramando posibles venganzas. Fergie quería vendarle los ojos a Mickey y dejarlo solo en medio del bosque, pero yo sabía que eso no le daría ni pizca de miedo.

Salté de la roca al suelo y comencé a andar a su alrededor. A veces pienso mejor de pie. Cuando ya llevaba tres vueltas, la pierna se me enzarzó en una planta con-muchas hojas.

—¡Oh, no! —exclamé—. ¡Zumaque venenoso!

Fergie se rió.

—Lo parece, pero no lo es —me aseguró—. Nuestra profesora de ciencias nos dijo el año pasado que era una planta inofensiva.

Sonreí diabólicamente.

—Se me ocurre una idea. ¿Y si nos llevamos a casa un poco de esta hierba y la ponemos en la cama de Mickey? ¿No crees que se asustaría?

—Sí, es posible —me sonrió Fergie.

Entre los dos recogimos bastantes hierbas. Como crecían a lo largo de la orilla, fuimos cogiendo más de camino a casa.

Pasado el río, Fergie me enseñó un claro en el bosque que yo no conocía. Era un claro cubierto de flores silvestres. Enseguida pensé que a mamá le encantarían. Siempre compraba flores en el mercado de Boston, así que empecé a hacer un ramito para llevárselo.

Cuando me agaché para coger unas cuantas flores violetas y amarillas, algo me llamó la atención entre los árboles. Al levantar la mirada vi a Mickey, que entraba tambaleándose en el claro.

Fergie y yo gritamos a la vez, horrorizados.

Mickey tenía la ropa totalmente destrozada y los brazos y cara cubiertos de grandes rasguños. Por su cuello corría la sangre.

—Cooper —dijo débilmente, apenas capaz de hablar—. Cooper… los perros…

Ésas fueron sus últimas palabras antes de caer desmayado.

15

—¡Mickey! —chillé aterrorizado.

Dejé caer las flores y las hierbas y corrí en su auxilio. Fergie y yo nos arrodillamos a su lado.

—¿Está bien? —preguntó Fergie, con un hililllo de voz.

Yo me incliné sobre él e intenté incorporarlo, tirando de él con las dos manos. No pude; pesaba demasiado, y a cada intento, volvía a desplomarse contra el suelo.

—¡Mickey! ¡Mickey! —grité su nombre una y otra vez—. ¿Estás bien? Los perros… ¿te han…?

Cuando me acerqué un poco más, Mickey me agarró del cuello y, con un rápido movimiento, me derribó y se montó encima de mí. Se reía como un loco.

—¡Oh, Mickey! ¡Mickey! —me imitó, con voz chillona—. Mickey, ¿estás bien?

Quise responder, pero no me salieron las palabras.

—¡Qué tonto! —se burló—. ¡Siempre caes con lo de la sangre falsa!

Mickey soltó otra aguda carcajada.

Yo cerré los ojos y recé para que desapareciera. No podía creer que mi hermano me hubiera engañado de nuevo, y encima delante de Fergie. Enrojecí de rabia.

—¡Te acordarás de ésta! —grité y lo empujé para que me soltara.

—¡Ay, qué miedo me das! —se rió burlonamente Mickey.

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer que intentar

asustarme? —me lamenté.

—Ni siquiera tengo que intentarlo —respondió Mickey con una sonrisa.

Fergie estaba de pie junto a nosotros con los brazos cruzados.

—¿Tú también sabías lo de esta broma? —la acusé.

—¿Yo? ¡No! —protestó Fergie.

Mickey me tenía agarrado por las muñecas.

—Di: «Soy un gallina» —me ordenó.

Nunca me había sentido tan avergonzado; nunca. Ni siquiera aquella vez en que Mickey me dejó fuera de casa en ropa interior.

—¡Me las pagarás! —le grité en toda su cara.

—¿Y qué piensas hacer, Dumbo? ¿Pegarme con tu ramito de violetas?

Echó la cabeza hacia atrás y se rió de su propio chiste. Por suerte, aquello me ofreció la ocasión de pegarle un buen mordisco en el brazo.

—¡Au! ¡Maldito enano! ¡Mira lo que has hecho! ¡Me sale sangre!

Mickey se puso en pie de un salto y examinó la mordedura. A continuación me pegó un grito, dio media vuelta y salió corriendo. Yo quise ir tras él, pero Margaret me retuvo.

—Déjalo —me dijo, cogiéndome de la camiseta—. No vale la pena. Es un imbécil.

A regañadientes, me limpié la ropa y recogí las flores para mamá. Me daba vergüenza mirar a Fergie a la cara.

—¿Te vas a casa? —me preguntó.

—Ajá —gruñí.

—¿Nos veremos en la escuela mañana?

Me encogí de hombros. Deseaba que me dejara en paz; en ese momento sólo quería estar solo.

Volví a emitir un gruñido y creo que Fergie captó la indirecta.

—Bueno, pues me voy. No te preocupes, Cooper —comentó, mientras se encaminaba hacia su casa—. Ya se nos ocurrirá algo para vengarnos de Mickey, te lo prometo.

Yo no dije nada.

—¡Hasta mañana! —gritó, despidiéndose con la mano.

No me molesté en devolverle el saludo; simplemente la observé mientras se alejaba. Luego volví al riachuelo con la intención de

beber un poco de agua fresca. Ver a Mickey cubierto de sangre me había secado la garganta.

Me incliné sobre el agua fría, metí la mano y bebí un sorbo. Pero al ver mi imagen reflejada en el río, me atraganté.

No era yo.

¡El rostro que me miraba era el de un perro negro!

Alcé la vista al instante, pero no había perros en la orilla ni en ninguna otra parte.

—¡Aaahhh! —exclamé en voz alta.

Volví a mirar el agua; el perro seguía contemplándome desde la superficie. Cuando levanté la mirada, comprobé que estaba solo. Pero entonces, ¿cómo podía ver el reflejo de un mastín?

Una vez más, me miré en el río y vi que la imagen del perro seguía allí, ondulándose con el movimiento del agua cristalina. Mientras lo observaba horrorizado, su rostro abrió la boca y gruñó, mostrándome sus afilados dientes amarillos.

16

Salí corriendo y regresé a casa sin mirar atrás.

Al llegar, entré a toda velocidad y subí directamente al cuarto de baño. Tenía que mirarme al espejo, aunque no sé qué esperaba encontrar. ¿Quizás el rostro de un perro negro?

Sabía que resultaba ridículo, pero estaba completamente desconcertado. No podía explicar el reflejo del perro en el agua. Debería haber visto mi cara en aquel riachuelo, no la de un mastín amenazador.

Cuando entré en el cuarto de baño, me acerqué lentamente hacia el espejo. Miré con timidez y vi…

Una cara pecosa: la mía.

Debería haberme sentido mejor, pero no fue así.

El resto de la tarde apenas hablé con mi familia. A la hora de cenar, di un par de bocados y pedí que me dejaran irme a la cama.

—¿Te encuentras bien, Cooper? —me preguntó mamá con cara de preocupación—. El hígado con cebolla es tu plato favorito. Es la primera vez que no te lo acabas.

Mamá se levantó y me puso la mano en la frente. Siempre hace lo mismo cuando me comporto de modo extraño; ponerme la mano en la frente para saber si tengo fiebre.

—Estoy bien, mami —le aseguré—. No tengo hambre, eso es todo.

—Cooper debe de estar un poco nervioso porque mañana es su

primer día en el nuevo colegio —le dijo papá a mamá. A continuación se volvió hacia mí—. ¿Verdad?

—Sí. —Era inútil volver a sacar el tema de los perros. De todos modos, no iban a creerme.

—Ay, pobre Dumbo. Le da miedo ir al colé —se burló Mickey.

Papá y mamá le lanzaron una mirada de advertencia.

—Mickey, esta noche, no —murmuró papá.

Decidí pasar del tonto de mi hermano. Me levanté de la silla y subí a mi habitación.

Sin embargo, no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, veía la cara del perro negro reflejada en las aguas del río.

Al final me dormí, pasadas ya las doce.

Al día siguiente me despertaron los gritos impacientes de mamá.

—¡Cooper, Cooper! Es tarde. ¡Arriba!

No podía creerlo. Yo siempre me levanto temprano; nunca me duermo.

«¡Voy a llegar tarde el primer día de colegio! —pensé, deprimido —. Y todo por culpa de esos malditos perros.»

Me puse una camiseta y unos téjanos a toda prisa, y bajé a la cocina. No tenía tiempo de desayunar, así que me bebí un vaso de leche, abrí la nevera y cogí los ingredientes necesarios para preparar mi almuerzo: un bocadillo de manteca de cacahuete y mermelada.

Mientras untaba el pan, oí un gemido detrás de mí.

—Para ya, Mickey —dije, sin darme la vuelta.

El gruñido se hizo más fuerte.

—¡Mickey! ¡Basta! Deja de portarte como un…

Entonces descubrí que…

¡Los perros estaban en la cocina!

17

Tenían las fauces abiertas y les colgaba una baba espesa y amarillenta. Parecían hambrientos. Tuve que apoyarme en la encimera porque me temblaban las rodillas.

Su pelaje negro relucía bajo las brillantes luces de la cocina. Gruñían y mostraban los colmillos a medida que se separaban de la pared, de donde parecían haber salido.

Empecé a retroceder lentamente. Di un primer paso atrás, pero ellos registraron mi movimiento con sus ojos oscuros.

Retrocedí otro paso, muy despacio.

Luego otro.

Ellos me seguían con la mirada.

La puerta trasera estaba a pocos centímetros. Seguro que si alargaba la mano, podría tocar el pomo de la puerta.

Alargué la mano poco a poco.

Busqué con la mano y al final encontré el pequeño pomo redondo…

¡Demasiado tarde!

Los perros saltaron. Yo grité al tiempo que sus cuerpos oscuros se abalanzaban sobre mí.

Cerré los ojos y oí el sonido de mandíbulas que se cierran.

Al abrirlos, tuve el tiempo justo de ver cómo uno de ellos se zampaba mi bocadillo. A continuación desaparecieron como por arte de magia.

Se esfumaron a través de la puerta de la cocina, lanzándose contra ella.

Jadeando, me dejé caer en una de las sillas de la cocina y apoyé la cabeza en las manos. Cerré los ojos e intenté recobrar la calma.

«Acabo de ver dos perros atravesar una puerta de madera —pensé—. ¿Cómo puede ser?»

Mamá irrumpió en la habitación, seguida de papá.

—Cooper, ¿qué ha pasado? —exclamó—. ¿Qué ha sido ese grito horrible?

Tuve que contarles lo que había ocurrido. No tenía más remedio; era demasiado extraño y terrorífico. De modo que les expliqué toda la historia.

—Dos perros negros entraron en la cocina por la pared. Uno de ellos se zampó mi almuerzo y después desaparecieron atravesando la puerta.

Craso error.

Papá y mamá me soltaron un discurso sobre las consecuencias psicológicas de mudarse de casa. Creo que incluso mencionaron la palabra «psiquiatra».

No se creían ni una sola palabra de lo que les había contado, y yo no me sentía con fuerzas para seguir discutiendo. Cogí mis cosas y me encaminé al colegio.

No había manera de olvidarme de esos perros: unos animales que sólo yo podía ver, que robaban bocadillos y podían atravesar puertas. Aquella semana no los volví a ver, pero cada mañana los oía ladrar cerca de la casa. Nadie más los oyó.

El viernes me encontré a Fergie después de clase y me acompañó a casa. Ella hablaba sin parar sobre nuestra profesora de mates, pero yo no le prestaba demasiada atención. No podía dejar de pensar en los perros.

—¿Qué? —le pregunté a Fergie, que acababa de comentar algo sobre unos deberes.

—Decía —repitió con impaciencia—, que este fin de semana podemos hacer juntos los deberes de mates.

Yo me encogí de hombros.

—Bueno.

Fergie iba a quedarse a dormir en mi casa el sábado por la noche

porque sus padres tenían que ir a Vermont el fin de semana. En los últimos días nos habíamos hecho bastante amigos, y nuestros padres también. El martes papá y mamá habían invitado a los Ferguson a cenar y ellos, a su vez, nos habían devuelto la invitación el miércoles.

«Quizá sea divertido que se quede a dormir Fergie —pensé—. Si es que puedo olvidarme de esos perros.»

—Aún tenemos pendiente la bromita de Mickey —me recordó Fergie—. He estado pensando que…

—Fergie —la interrumpí—. Hace días que quiero decirte una cosa.

Ella esperó a que empezara.

Yo respiré hondo y, a continuación, le conté toda la historia: lo del mastín reflejado en el río y los perros en la cocina.

—Los he oído toda esta semana —le confesé—. A veces fuera de casa y otras veces dentro. Ha sido una pesadilla.

Fergie se quedó boquiabierta.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —me preguntó.

Solté un suspiro.

—Porque nadie de mi familia me cree —contesté—. Y pensaba que tú tampoco me harías caso.

—Yo te creo, Cooper —respondió muy seria.

—Gracias, Fergie —dije con una sonrisa—. Significa mucho para mí.

Fergie adoptó una expresión pensativa.

—Bueno, tal vez los oigamos el sábado por la noche. Si somos dos, nuestros padres tendrán que creernos.

Asentí. Fergie tenía razón; papá y mamá no iban a pensar que los dos estábamos locos. Empecé a sentirme un poco mejor.

—En cuanto al plan para vengarnos de Mickey —prosiguió Fergie—, tengo otra idea.

Intenté escuchar el plan de Fergie (tenía algo que ver con ratas y una cuerda), pero no pude concentrarme en lo que decía. Estaba obsesionado con los perros.

¿Volverían a aparecer ese fin de semana?

18

Estaba en la cama, atento a cada minuto que pasaba en el despertador. Finalmente dieron las doce: hora de pasar a la acción.

Caminé de puntillas hasta la habitación de invitados donde dormía Fergie y llamé a la puerta.

—Fergie —susurré—. Fergie, ¡levántate!

Ella apareció en la puerta casi al instante, completamente vestida.

—¿Los perros? ¿Están aquí? —me preguntó con ojos aterrorizados.

Parecía asustada de verdad y, para colmo, tenía todo el pelo erizado (aunque no de miedo, sino por la electricidad estática de la almohada).

—No, mujer, no —murmuré—. Es hora de asustar a Mickey.

Fergie se frotó los ojos.

—Ah, es verdad.

Sin mediar palabra, se metió debajo de la cama y sacó una caja de zapatos y un poco de cuerda.

—Déjamela ver otra vez —le pedí con entusiasmo.

Fergie sonrió y abrió la caja. Dentro había una rata negra enorme, peluda y totalmente asquerosa. Era de broma, por supuesto, pero parecía real, lo bastante real como para engañar a otra rata: Mickey.

Saqué el animal de la caja y se lo pasé a Fergie por la cara. Ella retrocedió y soltó un gritito de asco, a pesar de que sabía que era de goma.

Tras atar la cuerda alrededor del cuello de la rata, le hice señas a Fergie para que me siguiera. Los dos nos deslizamos sigilosamente por el pasillo en dirección a la habitación de Mickey.

«¡Será genial! —pensé—. Me muero de ganas de ver qué cara pone Mickey cuando descubra nuestra rata peluda arrastrándose por su cama.»

Nos detuvimos frente al cuarto de mi hermano. La puerta estaba entornada, así que me asomé y eché un vistazo a su habitación.

A la tenue luz del pasillo, logré atisbar a Mickey en la cama, tapado y completamente dormido. Mi hermano no utiliza la almohada, sino que la tira al suelo cuando se acuesta. Efectivamente, allí estaba, junto a sus zapatos.

Me aparté de la puerta y llamé a Fergie a un lado.

—De acuerdo. Éste es el plan —susurré—. Cuando entremos en la habitación, tú ve a la izquierda, hacia el armario. Yo me acercaré a la cama de puntillas y le pondré la rata encima. Después me reuniré contigo en el armario.

—Ve con cuidado —dijo Fergie en voz baja.

—Y recuerda —le advertí—. ¡No hagas ruido!

—Y tú ve con cuidado —repitió Fergie.

Con la rata en una mano, entré en el cuarto de Mickey. Por el rabillo del ojo vi que Fergie entraba en el armario, mientras yo me dirigía a la derecha. Estaba a punto de llegar a la cama de mi hermano cuando oí un fuerte crujido.

El corazón me dio un vuelco. Me volví y miré a Fergie con cara de horror. En ese instante, me di cuenta de lo que había pasado; Fergie había pisado el monopatín de Mickey.

Fergie y yo nos volvimos hacia la cama, pero Mickey no se movió. No había oído nada.

Solté un suspiro de alivio y le dirigí una mirada de advertencia a Fergie. Ella asintió con la cabeza, visiblemente nerviosa.

A continuación me acerqué a la cama con la rata en la mano. Los dedos me temblaban, pero tenía al bicho cogido. Mickey seguía profundamente dormido, porque no había movido ni un pelo.

Me acerqué un poco más.

Mi hermano estaba tan tapado que resultaba imposible ver dónde empezaba su cuerpo. Deposité la rata con cuidado, cerca de

lo que supuse era la barriga.

Cuando lo hube hecho, me dirigí de puntillas hasta el armario. Una vez dentro me arrodillé al lado de Fergie y apunté con el pulgar hacia arriba. La operación «Asustar a Mickey» estaba en marcha. Yo estaba encantado, porque mi hermano se lo tenía merecido.

Silenciosamente cerré la puerta del armario. Dejé sólo una pequeña abertura para que pasara la cuerda, que todavía sostenía con una mano.

—¿Lista? —susurré.

—Lista —me respondió Fergie.

—Vale —dije—. A la de tres. Una, dos y… Eh, Fergie, no me des patadas.

—No te he tocado —me contestó.

—Que sí. Para ya, ¿quieres?

—Que no. Tengo los pies a este lado —protestó Fergie.

—¡Ay! ¡Me has vuelto a pegar otra patada! —me quejé en voz baja.

Fergie alzó un poco la voz.

—¡No es cierto!

Yo le tapé la boca con la mano y los dos nos quedamos paralizados.

Oíamos una respiración profunda.

No era yo, ni tampoco Fergie.

Tragué saliva.

—Fe… Fe… Fergie —tartamudeé—. Hay alguien más en este armario.

19

Un gruñido grave me dio la razón. Alguien (o algo) se escondía en el armario con nosotros. Escuchamos aquel ruido unos segundos más y los dos salimos del armario a toda prisa, muertos de miedo.

Yo no llegué muy lejos, ya que pisé el monopatín de mi hermano y salí volando. Me caí de bruces estrepitosamente.

Al levantarme, vislumbré una silueta negra saliendo del armario.

—¡Eras tú! —grité con voz ronca.

Mickey nos dirigió una sonrisa.

—Sí, yo —se burló—. ¡El caniche asesino!

Fergie y yo lo miramos con incredulidad. ¡Todo ese tiempo Mickey había estado en el armario!

—¡Vaya! —exclamé cuando vi que el bulto que habíamos visto en la cama eran unas cuantas sábanas y toallas enrolladas.

—¿Pero cómo lo sabías? —le preguntó Fergie—. ¿Cómo sabías que íbamos a venir?

Mickey sonrió con satisfacción.

—Cuando apareciste esta mañana con esa caja tan sospechosa bajo el brazo y susurrándole a Cooper, me olí que tramabais algo. Os he estado espiando todo el día.

—¡Eres asqueroso! —exclamé.

—¿Asqueroso? ¿Yo? —respondió Mickey haciéndose el inocente —. ¿Y vosotros qué sois? ¡Merodeando por mi cuarto y escondiéndoos en mi armario!

Estaba tan furioso y decepcionado… ¡Nuestro gran plan de venganza se había ido a pique!

Cogí a Fergie del brazo.

—Ven. Vámonos de aquí.

—¡Eso! —se burló, mientras nos alejábamos—. ¡Huid con el rabo entre las piernas!

A continuación comenzó a ladrar y aullar un poco más. Menudo encanto de hermano, ¿eh?

Fergie y yo nos sentamos en el pasillo frente a mi habitación. Habíamos querido pegarle un buen susto a Mickey para que viera lo que se siente, pero la habíamos fastidiado.

—La próxima vez lo conseguiremos —me animó Fergie—. Se nos ocurrirá un plan mejor, tal vez con cuchillos o sangre de mentira.

Me encogí de hombros. Yo no quería esperar, sino aterrorizar a Mickey… ¡esa misma noche!

Sin embargo, reconocí que era bastante difícil. Fergie y yo estábamos muertos de sueño; los dos bostezamos a la vez y nos pusimos en pie.

—Supongo que deberíamos acostarnos. A lo mejor…

—¿Has oído eso? —le interrumpí.

Fergie asintió.

—Sí, lo oigo. Son ladridos.

—Ése no es mi hermano —susurré—. ¡Son los perros!

20

—¡No lo entiendo! —exclamó Fergie con voz temblorosa—. ¿Y tus padres? ¿Y Mickey?

La conduje por el pasillo en dirección a los ladridos.

—Ya te lo he dicho —le respondí en voz baja—. Ellos no los oyen, no sé por qué. ¡Sólo los oímos nosotros!

Cuando entramos en la sala de estar, los dos pegamos un grito: dos pares de ojos rojos nos acechaban en la oscuridad.

Alargué la mano hacia la lámpara de la bisabuela, pero la derribé sin querer. Al caer, se oyó un gran estrépito.

Los perros empezaron a ladrar de nuevo con más fuerza.

Fergie me agarró del hombro.

—¡Enciende la luz, por favor! —me rogó. La mano le temblaba.

Pero antes de que pudiera alcanzar el interruptor, las luces se encendieron.

Nos dimos la vuelta.

Y allí, en la escalera, apareció mamá. Traía cara de pocos amigos.

—¡Cooper! ¡Margaret! ¿Qué estáis haciendo?

—¡Son los perros, mamá! —exclamé—. ¿Ves? Están…

—¿Qué perros? —preguntó mamá.

Me volví para enseñárselos, pero ya no estaban. Ni ojos rojos, ni perros. A excepción de Fergie y yo, la sala estaba vacía.

—¡Vaya! Tu madre se ha enfadado mucho —susurró Fergie,

mientras caminábamos de vuelta a nuestras habitaciones.

—Pero ahora me crees, ¿verdad, Fergie? —le pregunté—. ¡Tú misma has oído los perros!

Fergie asintió.

—Desde luego. Estaban ahí.

—¡A dormir! —gritó mamá—. ¡Ahora mismo!

—¡Ya vamos, mamá! —respondí. Después me volví hacia Fergie y le dije—: Mañana registraremos el bosque. Esos perros tienen que venir de alguna parte.

—Buena idea —asintió Fergie—. Hasta mañana.

Una vez en mi cuarto, no pude pegar ojo. Me senté en la cama y me dediqué a lanzar una pelotita al aire mientras miraba la aguja del reloj. Pensaba en los perros; esta vez no había duda de que habían estado en la casa, porque Fergie también los había oído.

«¿Pero cómo entran y salen? —me pregunté—. ¿Y cómo desaparecen como por arte de magia? ¿Y por qué me vienen a molestar a mí? ¿Por qué?»

Dejé la pelotita y me dirigí al pasillo. Cuando llegué al cuarto de Fergie, llamé a la puerta con suavidad.

—Soy yo. ¿Puedo pasar?

—¿Qué quieres? —susurró al abrir la puerta.

—Oye, no puedo esperar hasta mañana. Vayamos a buscar a esos perros ahora mismo.

Fergie se quedó pensativa.

—Puede ser peligroso —murmuró.

—No me importa —declaré—. Vamos.

21

Unos minutos más tarde, Fergie y yo avanzábamos furtivamente por el jardín con nuestras linternas. Era una noche sin luna ni estrellas, y una niebla fría flotaba en el aire.

Los dos nos estremecimos.

Yo dirigí la luz de la linterna hacia el suelo en busca de huellas, pero, como la otra vez, no había ninguna.

—¿Por qué nunca dejan huellas? —musité.

Fergie se encogió de hombros. Yo sabía que tenía tanto miedo como yo, porque se mantenía muy cerca de mí.

La luz de la linterna iluminó la zona del columpio. Mientras yo miraba en esa dirección, algo me agarró el tobillo.

—¡Eh! —chillé y me caí al suelo.

Me retorcí como un loco intentando liberarme de aquella cosa que me apresaba.

—¡Socorro!

Fergie corrió en mi auxilio. Pero ¿por qué se reía?

—¡Qué bueno! ¡Te has enredado en el aparato de riego! —exclamó.

—No le veo la gracia —protesté yo. Me alegré de que no pudiera ver lo rojo que me había puesto—. ¡Podría haberme roto la pierna!

Fergie se agachó para ayudarme, pero de pronto se detuvo.

—¿Has oído eso? —me preguntó.

—¿El qué?

—Escucha.

Esperamos silenciosamente en la oscuridad, casi sin respirar. Y

entonces yo también lo oí: era un suave chirrido que provenía de la casa. Sonaba como una vieja puerta mal cerrada.

Nos dirigimos al lugar donde se oía el ruido y, para mi sorpresa, descubrimos un ventanuco casi a ras de suelo que no había visto hasta entonces. El ventanuco estaba abierto y, al abrirse y cerrarse, producía el chirrido que habíamos oído.

—Da al sótano —informé, tras asomarme—. ¿Crees que los perros entran en la casa por aquí?

Fergie no me contestó.

—¿Fergie? —llamé.

No hubo respuesta.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me di la vuelta y…

Vi una silueta negra que se dirigía hacia mí. Sobresaltado, retrocedí un paso y me di un golpe en la cabeza. Había topado con la pared de la casa.

La criatura negra se abalanzó sobre mí y me derribó. En ese momento me envolvió el olor acre de su aliento. Quise levantarme, pero no podía moverme.

El animal comenzó a jadear. Tenía las fauces muy abiertas y sus babas calientes me mojaban la cara.

Aquel perro enorme me tenía prisionero. ¿Qué haría conmigo?

22

—¡Déjame! —grité.

Alargué las manos y empujé con toda mi fuerza. Para mi sorpresa, el perro se apartó.

Cuando me levanté, el corazón me latía a toda velocidad. Me volví y vi a Fergie. Otro perro la tenía acorralada contra la pared.

—¡Márchate! —le ordenó al perro débilmente—. ¡Vete!

Sin embargo, el animal no se movió.

Yo cogí un palo del suelo y lo blandí con furia delante de mí, a fin de mantener los dos perros a distancia. Cuando me acerqué a Fergie, ella agitó los brazos para ayudarme a espantarlos. Sin embargo, los animales sólo bajaron la cabeza y continuaron gruñendo.

De pronto, uno de ellos salió corriendo hacia mí sin importarle el palo que yo sostenía. Perdí el equilibrio y tropecé, derribando a Fergie.

Los dos perros nos mostraron sus horribles colmillos y empezaron a gruñir como fieras rabiosas.

Las piernas me temblaban tanto que apenas era capaz de tenerme en pie.

Los perros, que gruñían y batían las mandíbulas, nos empujaron contra la pared de la casa.

—¿Y ahora qué? —se lamentó Fergie, poniéndose en pie y agarrándome del brazo.

—Buena pregunta —tartamudeé, al ver que los perros bajaban la cabeza y se acercaban a nosotros.

23

Cerré los ojos.

De repente se me ocurrió que si me concentraba, los haría desaparecer. Desgraciadamente, no funcionó.

De pronto noté el aliento cálido de un perro en la cara. Y acto seguido noté un tirón en los pantalones.

Abrí los ojos. El perro me tiraba furiosamente de la pernera del pantalón. No mordía, sólo tiraba. Fergie parecía tan confusa como yo, ya que el otro perro hacía lo mismo con su camiseta.

—¿Qué quieren? —susurró Fergie.

—No… no… no lo sé —respondí—. ¡Ni nos muerden ni nos atacan!

—Cooper, creo que quieren que los sigamos —dijo Fergie.

—¡No puede ser! —exclamé. El perro tiró de mis pantalones con más fuerza—. Eso sólo ocurre en las películas de Lassie.

—Sí que puede ser, Cooper —insistió Fergie—. Mira. —Dio un paso adelante y el perro empezó a mover la cola—. ¿Lo ves? ¡Quieren que vayamos con ellos!

Yo dudé. Me parecía ridículo.

No obstante, avancé un poco y enseguida el perro que había estado tirándome de los pantalones también comenzó a mover la cola.

—¿Has visto? —susurró Fergie.

Sintiéndolo mucho, no me convencía. Aproveché la ocasión para salir corriendo.

—¡Cooper, no! —exclamó Fergie.

Demasiado tarde.

La enorme criatura se lanzó en mi persecución, pegó un salto y me derribó. Cuando me levanté, volvió a tirarme de la pernera del pantalón.

—Venga. Vamos a ver qué quieren —me rogó Fergie—. Además, no tenemos demasiada elección. No nos van a dejar en paz.

Finalmente seguimos a los perros por el bosque. Los animales se mantenían cerca, sin adelantarse demasiado y siempre mirando hacia atrás para comprobar que continuábamos allí.

Yo intenté iluminar el camino con la linterna, pero la tenue luz de la bombilla no era de gran ayuda. No tenía ni idea de adonde nos llevaban. Tan sólo sabía que estaba muy oscuro y cada vez nos adentrábamos más en el bosque.

—Espero que sepamos volver —murmuré.

Entonces, sin previo aviso, los perros cambiaron el ritmo. Comenzaron a avanzar bastante más rápido y yo apunté la linterna hacia ellos para ver qué pasaba.

En el centro de un pequeño claro divisé una cabaña de madera algo destartalada. Los perros arañaron la puerta con sus garras. Cuando la hubieron abierto, volvieron a buscarnos. Empezaron a tirar de nuestras ropas, empujándonos en dirección a la cabaña.

—¿Qué… qué es este lugar? —tartamudeé—. ¿Dónde estamos?

—No lo sé —susurró Fergie—. Es la primera vez que veo este claro.

Los perros tiraban con furia. Realmente querían que entráramos allí.

—¿Qué puede haber ahí dentro? —le pregunté a Fergie.

Ella tragó saliva.

—No lo sé —me dijo—. ¡Pero creo que vamos a descubrirlo!

24

—Fergie, esto no me gusta nada —susurré—. Vámonos de aquí, ¡ahora mismo!

En ese instante, noté que la mandíbula del perro me presionaba más el tobillo. ¿Me habría entendido?

—No nos van a dejar escapar —dijo Fergie en voz baja.

Efectivamente, los perros comenzaron a gruñir y enseñarnos los dientes, al tiempo que nos empujaban contra la puerta de la cabaña.

—¡Alucinante! —exclamé al ver que se lanzaban contra la pared de la cabaña.

—¡Es increíble! —gritó Fergie.

Los perros se abalanzaron contra la pared y desaparecieron.

—¡Es imposible! —añadió Fergie.

—Díselo a los perros —murmuré.

Yo ya les había visto hacerlo: en la cocina de mi casa.

—¡Son fantasmas! —concluyó Fergie.

La cogí del brazo.

—¡Vámonos! Pase lo que pase, no podemos entrar ahí.

Sólo habíamos dado unos pasos cuando los perros salieron de nuevo, atravesando la pared de la cabaña. Se acercaron a nosotros y nos acorralaron contra la puerta. Antes de que pudiéramos resistirnos de nuevo, los animales se pusieron de pie sobre las patas traseras.

¡Eran más altos que nosotros! Fergie y yo nos miramos aterrorizados.

Los animales avanzaron en nuestra dirección. Nos apoyaron las

patas sobre el pecho y nos empujaron hacia el interior de la cabaña.

Soltamos un grito horrorizado al notar que empezábamos a caer. ¡La cabaña no tenía suelo!

Caímos dando tumbos y vueltas en el vacío.

Abajo, abajo.

Por un agujero profundo y negro.

Abajo, abajo.

Un agujero que parecía no tener fin.

25

Aterricé suavemente sobre los pies.

¿Habíamos caído en algún pozo? ¿En un túnel excavado bajo la cabaña? No lo sabía.

Respiré hondo y miré a mi alrededor. Estaba oscuro como boca de lobo.

—Fergie, ¿estás bien? —grité. Mi voz sonó aguda y estridente.

—Creo… creo que sí —respondió al cabo de unos segundos—. Cooper, mira.

Iba a decirle que estaba demasiado oscuro para ver nada, pero entonces vislumbré dos pares de ojos rojos que nos miraban fijamente.

Solté un grito sofocado.

—¡No os mováis! —ordenó una voz seca.

—¿Quiénes sois? —pregunté, tras reunir el valor de hablar—. ¿Qué queréis?

—¿Por qué nos habéis traído hasta aquí, perros? —exigió saber Fergie.

—No somos perros —gruñó la voz—. Somos personas.

—Pero… pero… —comencé a decir.

—¡Silencio! —ordenó la voz—. Silencio mientras estáis en la Sala de Cambios.

—¿La qué? —exclamé.

Los ojos rojos resplandecieron en la oscuridad.

—Hace siglos, mi amigo y yo fuimos hechizados —continuó la voz, sin hacer caso de mi pregunta—. El maleficio nos obligaba a

merodear por estos bosques en forma de perros. Perros fantasma.

—Vaya, lo siento —murmuré—. Pero ¿para qué nos necesitáis a nosotros?

Los perros rieron con unas carcajadas que más bien parecían una tos seca.

—Estáis en la Sala de Cambios —nos explicó la voz—. Hace cien años que intentamos traer a dos personas aquí. ¡Por fin lo hemos conseguido!

—¿Y qué? —pregunté.

—Que vamos a cambiarnos por vosotros —nos informó la voz.

—¿Cómo? —exclamó Fergie—. ¿Qué pensáis hacer?

—Vamos a tomar vuestro lugar —repitió la voz—. Y vosotros el nuestro. Seréis perros fantasma. Merodearéis por estos bosques, ¡eternamente!

—¡Noooo! —exclamé.

Quería echar a correr, pero ¿adónde? Estábamos rodeados por la más profunda oscuridad.

—Fergie… —empecé a decir, pero ella me interrumpió con un grito.

A continuación me invadió una sensación de calor, como si alguien me hubiera cubierto con una manta pesada. El calor se extendió por todo el cuerpo.

La temperatura iba aumentando como si fuera un horno.

Más caliente.

Más caliente.

Finalmente mi cara se cubrió de sudor y empecé a sofocarme.

«¡No aguanto más! —pensé—. ¡Me voy a derretir!»

Abrí la boca para gritar, pero los sonidos que salieron de ella no eran míos. Lo cierto es que ni siquiera parecían humanos.

26

Cuando abrí los ojos, brillaba el sol. El bosque a mi alrededor me pareció borroso y parpadeé varias veces para intentar enfocarlo.

Después de bostezar, me desperecé estirando y sacudiendo todo el cuerpo.

«¡Ah! —pensé—. ¡Qué gusto!»

Olí el aire y volví a sacudirme.

«¡Mmmm!»

Había notado un olor delicioso.

Mi estómago empezó a protestar y entonces me di cuenta de que tenía hambre.

Aunque todavía no veía con toda claridad, intenté avanzar un poco. Sin embargo, al cabo de dos pasos me caí de bruces.

Volví a levantarme, pero no me sentía seguro.

«¿Qué pasa?», pensé.

Miré a mi alrededor. ¿Por qué de pronto los árboles eran de color blanco y negro? ¿Y por qué el cielo era gris? ¿Y la hierba? ¿Qué había pasado con los colores?

¿Acaso todo era un sueño?

Oí un ruido ronco detrás de mí, como si alguien estuviera carraspeando. Al volverme, vi…

¡Un mastín negro!

Me dispuse a gritar, pero de mi garganta sólo salieron ladridos.

Sorprendido, me miré y vi un cuerpo cubierto de pelo.

«¡Ooohhh!»

Clavé mis patas en el suelo y me sacudí con fuerza, intentando

librarme de mi cuerpo de perro. Quería recobrar mi verdadero cuerpo: el de Cooper.

Al sacudirme, eché la cabeza hacia atrás. Entonces vi una cola negra y larga. ¡Mi cola!

Solté un gemido perruno.

«Yo también soy un perro», concluí.

Los fantasmas de la Sala de Cambios no bromeaban. Habían cambiado los puestos con nosotros; ahora Fergie y yo éramos perros.

Fergie lloriqueó.

Temblando, los dos empezamos a corretear con el rabo entre las piernas. Los gemidos de Fergie se convirtieron en tristes aullidos.

¿Qué había sido eso? ¡Qué raro! Tenía la impresión de que Fergie había dicho algo.

«Sí que he dicho algo —insistió—. Bueno, más bien he pensado algo. Creo que podemos leernos el pensamiento, Cooper.»

«Muy bien, Fergie. ¿Y en qué estoy pensando ahora mismo?»

«Estás pensando en ese hígado que sobró ayer y que tu madre guardó en la nevera.»

¡Era cierto! ¡Podíamos leernos el pensamiento! ¡Genial!

Me relamí el hocico, pensando en el hígado. Me gustaba tanto ese plato que mamá lo cocinaba una vez a la semana. ¡Me moría de ganas de hincarle el diente!

En ese instante recordé que tenía otras cosas de que preocuparme.

«Fergie, ¿qué vamos a hacer? ¡Ahora somos perros!»

«Eso ya lo veo, Cooper», me respondió, mientras espantaba una mosca que volaba detrás de su oreja negra.

«¡Pues tenemos que hacer algo! —exclamé—. No podemos deambular por ahí eternamente. ¡Esos perros fantasma nos han robado nuestros cuerpos! En estos momentos deben de estar engañando a mis padres.»

En lugar de contestarme, Fergie comenzó a correr en círculos persiguiendo su propia cola.

«¡Qué divertido!»

«¡Fergie, deja de hacer el tonto! ¡Nos hemos metido en un buen lío!»

«¡Vale, vale! Lo siento. Para que lo sepas, a mí también me preocupa todo esto.»

Fergie se echó en el suelo y enterró el hocico entre las patas delanteras. Parecía estar sumida en sus pensamientos.

«¿Sabes qué, Cooper?»

«¿Qué?», le pregunté mientras caminaba arriba y abajo, intentando encontrar una solución a nuestro problema.

«Ahora que eres un perro, las orejas grandes te quedan bastante bien.»

«¡Muy graciosa!», gruñí.

En ese momento se me ocurrió una idea.

«¡Ya lo tengo! —exclamé—. Ya sé lo que podemos hacer. ¡Llevaremos a esos fantasmas a la cabaña y volveremos a cambiar nuestros cuerpos por los de ellos!»

«Sí, chupado —ladró Fergie—. ¿Y cómo quieres hacerlo? Vamos a verlos y les decimos: "Perdonen, ¿podrían acompañarnos a la cabaña? Sólo será un segundo."»

Me quedé mirando a Fergie. ¡A pesar de haberse convertido en perro, seguía siendo la misma!

«Te he oído», murmuró.

Solté un suspiro.

«Bueno, ¿acaso tienes un plan mejor?», pregunté, mientras me rascaba el cuello frenéticamente.

«Estoy pensando, estoy pensando —respondió Fergie con un bostezo—. Tengo tanto sueño… Tal vez después de una siestecita…»

«¡No! ¡Nada de siestas! Tenemos que hacer algo, ¡ahora mismo! Escúchame. Pediremos ayuda a nuestros padres. Sólo tenemos que convencerlos de que somos los verdaderos Cooper y Margaret, y que los niños que están en la casa son impostores.»

«¿Y cómo vamos a conseguir eso?», preguntó Fergie.

Buena pregunta. Muy buena pregunta.

27

Fergie y yo trotamos por el bosque. Yo husmeaba la tierra, las hierbas… ¡Había tantos olores fantásticos!

Nos paramos donde terminaba el bosque, detrás de mi casa. Oímos voces y risas, y a continuación vi a mis padres en el jardín trasero. ¡Estaban jugando con un disco volador con Fergie y Cooper!

¡Esos impostores!

Gruñí de rabia y mostré mis dientes, dispuesto a atacar.

«¡Eh! —exclamó Fergie—. ¡Espera, Cooper! ¡No puedes ir y atacarles por las buenas!»

Fergie tenía razón; aquello no resolvería nada.

Observé a mi padre lanzando el disco por los aires y sentí unos deseos enormes de saltar para atraparlo con los dientes. Por suerte, logré controlarme. No era el momento de jugar.

De pronto tuve una idea, la mejor idea que se me había ocurrido en mi vida.

«¡Venga!», le ordené a Fergie al tiempo que me dirigía hacia el lateral de la casa.

«Cooper, ¿adónde vas?», preguntó.

No le respondí, sino que me detuve junto a la pared del cuarto de Mickey.

«Será un momento», le dije a Fergie.

Ella me leyó el pensamiento; sabía lo que planeaba hacer. Nos pusimos uno junto al otro y nos abalanzamos contra la pared.

¡La atravesamos y aparecimos en el cuarto de Mickey!

Mi hermano estaba inclinado sobre la cómoda, en ropa interior,

buscando una camiseta que ponerse. Cuando Fergie y yo empezamos a gruñir, se dio la vuelta de golpe y soltó una exclamación.

Luego empezó a retroceder, gimoteando y mirándonos con ojos asustados. Fergie y yo nos pusimos de pie sobre las patas traseras y comenzamos a ladrar.

—¿Cómo… cómo habéis…? —tartamudeó Mickey.

Fueron las únicas palabras que logró pronunciar. Acto seguido, emitió otro quejido, se abrió paso entre nosotros y corrió hacia la puerta del cuarto.

—¡Mami! ¡Papi! ¡Socorro! —le oí gritar—. ¡Mami! ¡Papi!

Fergie y yo no quisimos perdernos el espectáculo de Mickey corriendo en paños menores por el jardín. Atravesamos la pared y lo contemplamos hasta que desapareció detrás del garaje.

«¿Has visto qué cara ha puesto? —ladré alegremente—. ¿A que ha sido genial?»

«Sí. ¡Fantástico!», exclamó Fergie.

—¡Eh, vosotros! —dijo una voz grave.

Al volverme, vi a mi padre.

—¿Cómo habéis entrado en este jardín? —preguntó mi padre en tono enfadado—. ¡Venga, perros! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

«Espera, papá. ¡Soy yo: Cooper!», intenté decirle, pero lo único que me salió fue:

—¡Guau, guau, guau, guau, guau!

—¡Fuera, fuera! —repitió papá.

«¡Papá, espera! ¡Soy yo, de verdad! ¡Escúchame! ¡Tienes que escucharme!»

Pero lo que mi padre oyó fue:

—¡Guau, guau, guau, guau, guau, guau, guau!

Papá se armó con una escoba.

—¡Fuera! —chilló, amenazándonos con la escoba.

—¿Qué pasa? —gritó mamá desde la puerta.

«¡Mamá! ¡Soy yo: tu hijo Cooper!», ladré furiosamente.

—¡Oh, Sam! Por favor, echa a esos animales. Ya sabes que tengo alergia a los perros.

«Pero ¡mamá! —exclamé—. ¿No ves que soy yo?»

Evidentemente ella sólo oía:

—¡Guau, guau, guau, guau, guau, guau!

—¡Por favor, Sam! ¡Llama a la perrera! ¡Estos animales parecen peligrosos! ¡Quizás estén rabiosos y haya que matarlos! Llama y ellos sabrán qué hacer.

A continuación vi con horror que mi padre levantaba el auricular y empezaba a marcar un número de teléfono.

28

Fergie y yo salimos pitando en dirección al bosque. Incluso en forma de perro, Fergie corría más rápido que yo.

Nos escondimos entre los árboles y observamos a mis padres y a los falsos Fergie y Cooper mientras jugaban con el disco volador en el jardín de casa.

Los de la perrera no aparecieron, pero nuestro futuro se presentaba bastante negro. Mis padres creían que éramos perros abandonados y nosotros no podíamos decirles la verdad; sólo podíamos ladrar.

Eh, un momento. Quizá podía hacer algo más que ladrar.

«Fergie, ¡se me ocurre otra idea! —le dije, moviendo la cola—. ¡Sígueme!»

Fergie y yo nos colamos por el lateral de la casa y entramos en la sala de estar a través de la pared. Husmeé por el cuarto en busca de lápiz y papel.

«Les escribiré una nota —le expliqué a Fergie—. Seguro que mamá reconocerá mi letra.»

Encontré un bolígrafo en una mesita baja, junto a una libreta de notas. Primero intenté levantar el boli, pero se me resbaló. Me resultaba imposible cogerlo con la pata.

Fergie quiso ayudarme acercándome el boli con el hocico, pero tampoco así pude cogerlo. Me sentí tan frustrado que lo aparté y comencé a hacer trizas el papel.

En ese momento entró mi padre.

—¡Eh! ¡Os he dicho que os largaseis! —gritó papá.

Mi madre y los dos impostores irrumpieron en la habitación.

Yo empecé a ladrar para comunicarme con papá, pero eso le molestó aún más.

«¡Ponte de pie! —le ordené a Fergie—. ¡Tal vez así comprenda que intentamos decirle algo!»

Me puse en pie de un salto, intentando mantener el equilibrio sobre las patas traseras. Sin embargo, no se me daba muy bien. Bueno, era lógico: ¡sólo hacía unas horas que era un perro!

Acabé cayéndome de bruces. Debió de ser bastante ridículo, porque todos se echaron a reír.

—Qué perros tan raros —comentó el Cooper falso.

Fergie y yo volvimos a ponernos de pie una y otra vez, pero nadie comprendió qué estábamos haciendo. Al cabo de un rato se aburrieron de nuestro numerito y papá volvió a coger la escoba.

Probablemente podría arrancársela de las manos y derribarlo, pero ¿de qué serviría eso?

Papá nos persiguió a mí y a Fergie, y consiguió echarnos del jardín.

«Tienes razón —le dije cuando estuvimos a salvo en el bosque—. Vamos a ser perros el resto de nuestras vidas. Y ni siquiera seremos perros de verdad, sino perros fantasma.»

«No te preocupes, Cooper —respondió Fergie, que me había leído el pensamiento—. Los convenceremos. Tiene que haber un modo de demostrarles quiénes somos.»

Solté un suspiro y me revolqué por el suelo.

En ese momento pensé que si Gary y Todd estuvieran allí, habrían sabido qué hacer.

Volví a revolearme y, de pronto, me invadió una sensación de calor. Muchísimo calor. Pegué un salto y me puse de cuatro patas.

«¿Qué es esto? —exclamó Fergie—. ¿Qué está pasando?»

Empecé a temblar de la cabeza a la cola, fuera de control. No podía dejar de temblar. Algo había tomado posesión de mi cuerpo.

29

«¡Pulgas!», chillé.

¡Miles de pulgas me picaban por todo el cuerpo!

Y lo peor era que no podía llegar hasta ellas.

«¡La espalda! —grité desesperado—. ¡Me pica la espalda!»

Fergie levantó las patas delanteras y me rascó la zona de la espalda a la que yo no llegaba.

«Más arriba —le rogué—. Más arriba. ¡Aaa-ahhhhh, ahí!»

Bajé las orejas y suspiré aliviado.

Fergie encontró un buen lugar para descansar bajo un abedul. Yo me acosté y apoyé la cabeza sobre las patas, mientras Fergie se hacía un ovillo. Era hora de pensar en otro plan.

También era hora de echarse una siesta. De pronto me sentí terriblemente cansado.

El día transcurrió lentamente. Creo que los dos nos quedamos dormidos un par de veces. A la hora del almuerzo corrimos al río para beber un poco de agua. Aún me quedaban algunas pulgas y pensé que sería agradable darme un refrescante chapuzón en el riachuelo.

Después regresamos a la sombra bajo el abedul. Los dos teníamos hambre.

«A lo mejor podemos encontrar algunos restos de comida en mi casa… En la basura», sugerí.

«¡Puajj! ¡No pienso comer desperdicios! —se lamentó Fergie—. Ni en broma.»

Sin embargo, ella también sabía que no nos quedaba otro

remedio. Volvimos a mi casa y nos dirigimos a la puerta lateral, donde papá guardaba los cubos de basura.

Mientras husmeábamos en busca de comida, Mickey y mis padres aparecieron por la puerta lateral.

—¡Te lo digo en serio, mamá! —exclamó Mickey—. ¡Eran perros fantasma! ¡Atravesaron la pared de mi cuarto! ¡No eran normales!

—Ahórrate las bromas para gastárselas a Cooper —le cortó mi padre.

«Oye, Fergie. Quizá Mickey pueda ayudarnos —sugerí, tras observar a mi hermano—. Es el único que cree que no somos perros normales. Tal vez podamos encontrar un modo de decirle quiénes somos.»

Fergie suspiró.

«Seguro —comentó con sarcasmo—. ¿Y luego qué? ¿Te imaginas las caras de tus padres cuando Mickey les diga que los dos perros que merodean alrededor de la casa son en realidad Cooper y Margaret?»

Bajé la cabeza. Fergie tenía razón; mis padres tampoco creerían a Mickey.

«¡Bueno, tenemos que hacer algo! —dije, mientras me rascaba detrás de la oreja—. ¡Estas pulgas me están volviendo loco! ¡No puedo vivir así!»

«Podrías comprarte un collar antipulgas», sugirió Fergie.

«Sí, claro. Correré a la tienda del pueblo, pondré cinco dólares en el mostrador y pediré un collar antipulgas. Como si tal cosa.»

Levanté la vista al cielo, con impaciencia.

«Bueno, bueno —me contestó Fergie, molesta—. ¡Sólo quería ayudar!»

Fergie y yo nos pasamos el resto del día discutiendo y muy nerviosos. Cuando llegó la hora de cenar, mi estómago rugió de hambre.

Y entonces me llegó un aroma maravilloso.

Levanté el hocico y husmeé el aire con entusiasmo. Era un olor que reconocería en cualquier parte: ¡hígado! ¡Los restos del día anterior!

«Venga, Fergie —le ladré—. ¡Tenemos que conseguir ese hígado!»

Regresamos al jardín de mi casa y nos asomamos por la puerta trasera. Toda mi familia se había reunido alrededor de la mesa y se disponía a cenar.

«Estás babeando —me dijo Fergie, con asco—. ¡Es repugnante!»

Como si a mí me importara mucho.

En esos momentos no podía apartar la vista de la bandeja de hígado que mamá estaba llevando a la mesa. Mientras depositaba un buen trozo en el plato de mi padre, la seguí observando, muerto de hambre.

A continuación le sirvió a Mickey, que parecía inquieto. Supuse que todavía estaba afectado por mi pequeña jugarreta de aquella mañana.

Finalmente mamá puso un trozo de hígado en el plato del falso Cooper, quien acto seguido se levantó de la silla.

—¡Qué asco! —exclamó horrorizado—. ¡Odio el hígado!

Mamá se quedó boquiabierta.

—¡Cooper! ¿Pero qué dices? ¡Si a ti te encanta!

El falso Cooper comenzó a tartamudear.

—Eh… mmm… ¿he dicho que lo odio? Qué va… Lo decía en broma, mamá… Me encanta el hígado; ¡todo el mundo lo sabe!

Mamá lo miró con cara de sospecha.

—Cooper, llevas todo el día muy raro.

Aquello me animó.

¡Ésa era mi ocasión! ¡Era el momento de demostrarle a mamá que aquel niño era un impostor!

«Voy a entrar», le dije a Fergie.

Atravesé la puerta de la cocina y fui directo al plato de hígado.

«Le demostraré a mamá quién es el verdadero Cooper —pensé alegremente—. El Cooper al que le gusta el hígado. ¡Enseguida me reconocerá!»

Mi plan tenía que funcionar; era nuestra única oportunidad, probablemente la última.

30

Irrumpí en la cocina jadeando con entusiasmo y me lancé sobre la mesa.

Mamá gritó y dejó caer la bandeja del hígado en el suelo. Sin pensarlo dos veces, bajé la cabeza y comencé a zampármelo. ¡Estaba riquísimo!

«¿Lo ves, mamá? ¡Mira, soy yo! ¡Tu hijo Cooper!», le dije entre bocado y bocado.

—¡Sam! ¡Haz algo! ¡Ese animal se está comiendo nuestra cena!

¿Cómo? ¿Animal?

«No, mamá. ¡Soy yo! ¡Tu hijo! ¡Mírame, me encanta el hígado!»

Pero era inútil. Mamá sólo podía oír:

—¡Guau, guau, guau, guau, guau, guau, guau, guau, guau!

Papá retiró su silla y cogió un periódico de encima de la mesa. Tras enrollarlo, comenzó a atizarme en el hocico.

«¡Ay!»

¡Qué daño!

—Miraré si todavía comunican en la perrera —dijo mamá cogiendo el teléfono—. Intenta llevar a los perros a la despensa y cierra la puerta con llave. Los dejaremos ahí hasta que lleguen los de la perrera y se los lleven.

Los falsos Cooper y Margaret ayudaron a papá a empujarnos hacia la despensa.

—¡Perros malos! ¡Malos! —gritaba la falsa Margaret.

—Papá, ¿crees que los de la perrera les dispararán dardos somníferos? —preguntó el falso Cooper.

—A lo mejor —respondió papá.

Miré a Fergie por el rabillo del ojo.

¡Dardos somníferos! ¡No, gracias!

No había corrido tan rápido en toda mi vida. ¡Incluso adelanté a Fergie!

«¿Tienes más ideas geniales, saco de pulgas?», me preguntó cuando estuvimos a salvo en el bosque.

Le solté un gruñido y me volví. Vislumbré la silueta del sol, que se ponía entre los árboles y noté que había refrescado. Pronto se haría de noche.

«Y gracias por guardarme un poco de hígado —me dijo Fergie, con rabia—. Yo también tengo hambre, para que lo sepas.»

Decidí pasar de ella.

Estuve un buen rato mirando entre los árboles en dirección a mi casa. En una ventana divisé a mis padres lavando los platos y me entró una gran nostalgia.

No pude evitarlo; me puse a lloriquear.

¡Ojalá estuviera en mi cálida y cómoda casa! Faltaba poco para que oscureciera del todo y no quería pasar toda una noche en el bosque.

«¡Piensa, Cooper, piensa! —me animé—. Tiene que haber una forma de recuperar nuestros cuerpos humanos.

»¡Eh! ¡Un momento! —exclamé—. ¡Se me ha ocurrido algo!»

Fergie, que estaba durmiendo, se despertó.

«¿Qué?», preguntó soñolienta.

«Somos perros, ¿no?»

«Sí.»

«¡Pues deberíamos actuar como tales!»

Fergie me miró, desconcertada.

«Cooper, ¿de qué estás hablando?»

Yo respiré hondo.

«Escucha —le expliqué—. ¿Te acuerdas de cómo los perros fantasma nos condujeron a la cabaña?»

Fergie asintió.

«¡Eso es lo que deberíamos hacer! ¡Arrastrarlos igual que

hicieron ellos! ¡Eso es lo que haría un perro!»

Fergie levantó la cabeza y las orejas.

«¡No es mala idea! ¡Nada mala!»

«Somos perros —continué—. Tenemos una buena dentadura, ¿no? Los obligaremos a adentrarse en el bosque y los llevaremos a la Sala de Cambios. Una vez allí… ¡volveremos a ser Cooper y Fergie!»

Fergie comenzó a saltar, a jadear y a mover su cola alegremente.

«¡Estupendo!», exclamó.

«Muy bien, éste es el plan. —Con la pata, dibujé un diagrama en la tierra—. Los impostores están aquí, en el estudio. Atravesaremos la pared y nos los llevaremos por la puerta de la cocina. Si mis padres nos siguen no importa, porque somos más rápidos que ellos.»

«Estoy lista. ¡Adelante!», exclamó Fergie.

Corrimos hasta la casa y atravesamos la pared, tal como habíamos planeado. Dentro, los falsos Cooper y Fergie estaban viendo vídeos musicales en la tele del estudio. Cuando aparecimos por la pared, les dimos un buen susto.

—¡Mamá! —gritó el falso Cooper con todas sus fuerzas—. ¡Papá! ¡Socorro! ¡Son los perros!

Fergie y yo nos acercamos a ellos, gruñendo todo lo que pudimos. Yo me aferré al tobillo del falso Cooper, justo cuando mis padres irrumpieron en la habitación. Le hice una señal a Fergie para que siguiera con el ataque y, sin pensárselo dos veces, ésta se lanzó contra la falsa Fergie y la agarró por la muñeca.

Entonces comenzamos a tirar de ellos.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Ayudadnos! —chilló el falso Cooper.

—¡Señor Holmes! —gritó la falsa Fergie—. ¡Haga algo! ¡Nos atacan!

Mamá salió corriendo en busca de la escoba, pero antes de que papá pudiera atacarnos con el palo, Fergie y yo ya habíamos arrastrado a los impostores hasta la cocina.

Mientras tiraba del falso Cooper, vi a Mickey por el rabillo del ojo. Estaba escondido en una esquina, temblando de miedo. Lástima que no tuviera tiempo de disfrutar del espectáculo.

Ya estábamos fuera. Todo nos había ido sobre ruedas. Fergie y yo volveríamos a la normalidad en un abrir y cerrar de ojos.

Los impostores sabían adonde los llevábamos, pero no podían impedírnoslo. Fergie y yo éramos demasiado fuertes y feroces.

—¡Papá! ¡Socorro! —gritó de nuevo el falso Cooper.

—¡No te preocupes! —le dijo mi padre—. ¡No parece que los perros quieran haceros daño! ¡Creo que quieren que los sigáis!

«¡Muy bien, papá!»

Un poco más tarde, vislumbré el claro donde estaba la cabaña.

«Falta poco —pensé alegremente—. Dentro de pocos minutos, Fergie y yo volveremos a casa con mis padres. Sobre dos piernas.»

¡Nada de pulgas ni comida de cubos de basura! Me moría de ganas de volver a ser humano.

Los impostores intentaron liberarse, pero Fergie y yo los teníamos agarrados y no pensábamos soltarlos por nada del mundo. Jadeando, tiramos de ellos con toda nuestra fuerza canina.

Finalmente llegamos a la vieja cabaña destartalada y empujamos a los impostores contra la puerta.

Yo solté al falso Cooper un instante. No pude evitarlo, porque me había picado una pulga y tenía que rascarme. El impostor aprovechó la ocasión para intentar huir.

«¡Cooper! ¡Se escapa!», ladró Fergie.

«¡Ni en broma!», exclamé.

Salí corriendo tras él y, cuando lo alcancé, le clavé las garras en la camiseta. Luego lo arrastré de vuelta a la cabaña.

La falsa Fergie gritó con todas sus fuerzas.

—¡No, no, no! ¡Otra vez ahí dentro no!

Yo la miré con odio.

—Tranquila, Margaret —oí que gritaba mamá—. No te asustes. Veamos qué intentan enseñarnos los perros.

Había llegado la hora de hacer el cambio.

«¡Ahora!», ladré.

Fergie y yo empujamos a los impostores hacia el interior de la cabaña y nos abalanzamos tras ellos. Los cuatro empezamos a caer.

Nos despeñamos hacia la más negra oscuridad: abajo, abajo, abajo.

Por segunda vez, me sentí mareado. El aire se empezó a calentar y de nuevo noté como si me hubieran tapado con una manta gruesa.

Más caliente, más caliente.

Noté que estaba cambiando. Me estaba transformando en aquella nube de oscuridad y calor sofocante.

Miré hacia arriba y vislumbré una sombra sobre mi cabeza: una sombra con unos diminutos ojos rojos.

El cuerpo me empezó a temblar y entonces lo supe. Algo estaba fallando.

—¡Fergie! —exclamé en voz baja—. ¡Esto no funciona! ¡Algo va mal! ¡Muy mal!

31

—¡Cooper! —gritó mi madre alegremente, corriendo hacia la cabaña con los brazos abiertos—. ¿Estás bien?

—Margaret, ¿qué ha pasado ahí dentro? —dijo papá—. ¿Dónde están los perros?

—Estamos bien —murmuró Margaret—. Es sólo una cabaña vacía, eso es todo.

—En cuanto llegue a casa voy a llamar a la perrera —anunció mamá—. Esos perros no deberían andar sueltos. Son peligrosos.

—Yo sólo quiero salir de aquí —dijo Cooper.

Fergie asintió.

—Sí. Estamos bien, así que vámonos a casa.

—¡Menuda aventura! —suspiró mamá.

—Desde luego —confirmó Cooper.

«¿Qué ha pasado?», pregunté, frotándome los ojos.

Vi que mis padres se alejaban de la cabaña de la mano de dos niños.

«¡Eh! ¡Esos niños! —exclamé—. ¡No son nosotros!»

La puerta de la cabaña se abrió y dos mastines salieron de ella con aire desconcertado. Cuando se vieron, salieron corriendo en dirección contraria y ladrando como locos.

«¿Qué les pasa?», me pregunté.

Los perros desaparecieron inmediatamente entre los árboles.

«¿Qué está pasando? —me dije—. ¡No soy un niño… y tampoco soy un perro!»

«¿Fergie? ¿Fergie?»

¿Dónde estaba?

Cuando apareció junto a mí, los dos soltamos un grito de horror.

«¡Oh, no! ¡Por favor, no! ¡No! ¡Nooooo!», lloró.

Fergie tenía la cabeza inclinada hacia un lado y movía su naricita frenéticamente.

«¡Dime que no es verdad! ¡Por favor, Fergie! Dime que no somos…»

«¡Lo es! —chilló Fergie—. Somos… ¡somos ardillas!»

Los dos emitimos unos ruiditos de sorpresa. Fergie examinó su cuerpecito peludo.

«¿Cómo nos ha podido ocurrir esto, Cooper? ¿Cómo?»

«El bosque está lleno de ardillas —suspiré—. Debieron de colarse dos en la Sala de Cambios y nosotros…»

«Nos cambiamos por las ardillas…, ¡no por los niños!», exclamó Fergie, batiendo con fuerza su cola peluda.

Yo contemplé detenidamente mis patitas negras, agité mis deditos diminutos y moví el hocico. ¡Era un animalito monísimo!

«¿Y ahora qué? —se lamentó Fergie—. ¿Qué hacemos ahora?»

«No sé… ¿Buscar bellotas?», sugerí.

Fergie me miró con sus brillantes ojillos negros.

«¿Cómo dices?»

«¡Vamos a buscar bellotas! —declaré—. ¡Me muero de hambre!»

Fin